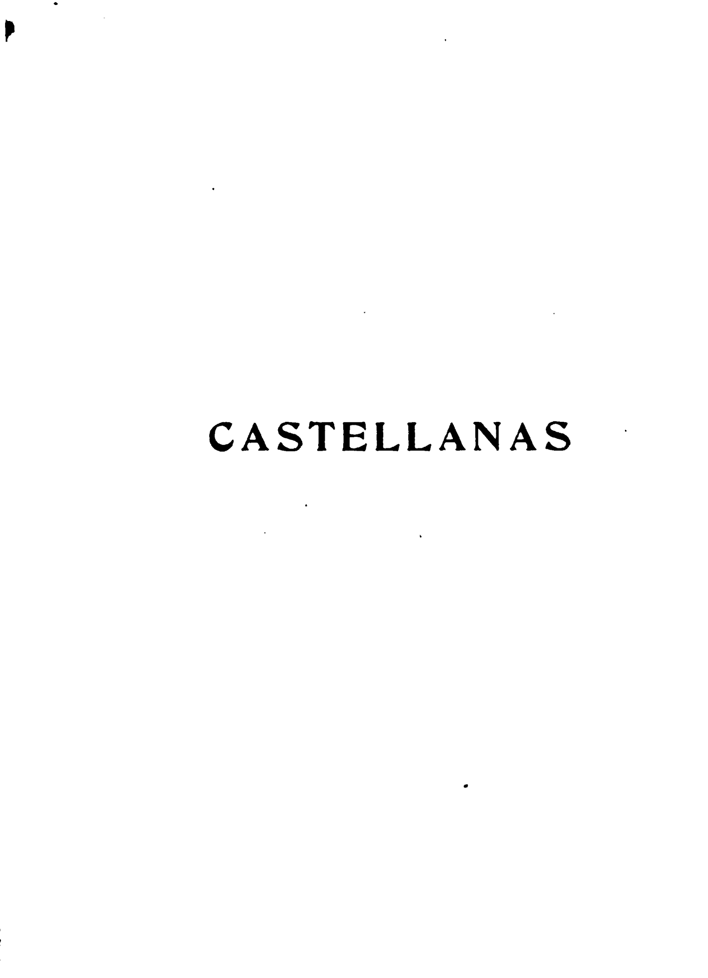





SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS





CASTELLANAS

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

(OBRAS COMPLETAS)

VOLUMEN I

CASTELLANAS

SEGUNDA EDICIÓN, AUMENTADA

SALAMANCA
IMPRENTA DE CALATRAVA
á cargo de L. Rodríguez

1905

Á MIS QUERIDOS PAISANOS

LOS CHARROS

DEDICO ESTAS PÁGINAS

El Autor.

PRÓLOGO

PRÓLOGO

No há mucho, cosa de un año, leí en *El Lábaro*, diario salmantino, una composición poetica en quintillas, titulada *Castellana*. Con júbilo eché de ver, desde los primeros versos, que su autor era un verdadero poeta. Sentíase, al través de las rimadas frases, amor apasionado á la naturaleza, hondas palpitaciones del alma nacional, ecos vibrantes de la voz varonil con que cantaron sus alegrías ó sus dolores las generaciones vigorosas que ha engendrado la noble tierra de Castilla. No eran aquellos versos de los que ahora suelen escribirse, producto enfermizo de insanas excitaciones, sino flores frescas y sencillas empapadas de rocío y saturadas de campestres aromas. Había en ellos algo de la espontaneidad de Lope, de la dulzura de Mirademescua, de la gentileza y gracia de Gil Polo, de la serena gravedad de Fr. Luis de León. "—Esto—pensé—no ha podido ser es-

crito en medio de la existencia un tanto artificiosa de las grandes ciudades. La inspiración en que rebosan las quintillas de *Castellana*, procede de la contemplación directa y amorosa del campo, es hija de un espíritu libre de influencias extranjeras y refractario á todas las extravagancias del modernismo„. No me equivocaba. El autor de la hermosa poesía no es un profesional, no es un literato "adulterado por el estudio„, según la feliz expresión de Cánovas. Es un labrador castellano, que allá, en un rincón de Extremadura, busca descanso á las prolijas faenas que impone una gran labor agrícola á aquel que la dirige, en lo que nuestros antepasados llamaban "el cultivo de las musas„.

Pasó algún tiempo y el Municipio de Salamanca, honrándome mucho, me nombró indivíduo del jurado calificador de los trabajos presentados al Certamen de los Juegos Florales, que habían de verificarse y se verificaron, en el mes de Septiembre de 1901. Hubo con tal motivo una afluencia de escritos verdaderamente formidable, tan formidable que henchían un costal de los que en Castilla llaman de *cinco medias*. ¡¡Más de dos fanegas de literatura!! Aquello era abrumador. Sin embargo, el jurado —y perdóneseme la inmodestia por la parte que

me tocó en sus tareas—examinó cuartilla por cuartilla y renglón por renglón, aquella enormidad de papel escrito, cumpliendo escrupulosamente un deber que casi casi llegaba á los límites de lo heróico.

Trabajos de mérito concurrieron al certamen, y entre ellos, concretándome exclusivamente á los poéticos, descollaba por modo extraordinario, una composición titulada *El Ama*. Leída tan hermosa obra poética, no vaciló el jurado, y por unanimidad, por aclamación más bien, fué otorgado el primer premio al inspirado autor de la poesía, el labrador de Extremadura, D. José Gabriel y Galán.

Llegó el día de la celebración de los Juegos Florales, y el numeroso y escogido público que llenaba la sala en que se verificó la fiesta, cautivado desde el primer momento por los sugestivos versos de *El Ama*, hondamente emocionado después, y arrebatado finalmente por el caudal de belleza que parecía fluir de la admirable composición, prorrumpió en atronadores aplausos y delirantes aclamaciones; justo homenaje al poeta que en tan solemne ocasión acababa de nacer á la vida del arte.

Justificado estaba por más de un concepto el entusiasmo de la concurrencia, compuesta en su mayor parte de hijos de Salamanca, ciudad

entre cuyas glorias, no es ciertamente la menor, el haber engendrado en su seno las dos escuelas poéticas llamadas salmantinas. Durante largo tiempo, la lira que pulsaron Fray Luis de León, Fray Diego González, Iglesias de la Casa y Meléndez Valdés, colgaba silenciosa de no sé qué árbol olvidado de las riberas del Tormes. Un nuevo poeta la descolgaba ahora y la hacía vibrar con peregrinas cadencias. ¡Con qué sones tan bien concertados recreaba la poesía de Galán nuestros oídos! ¡Cómo evocaban sus versos la imagen austera de los campos castellanos! ¡Con qué majestad surgían, reproducidas por las animadas descripciones del poeta, "las castas soledades„ estriadas por los surcos fecundos, tan regados por el agua del cielo como por el sudor de cien generaciones laboriosas! ¡Cómo se erguían claras y distintas en las despejadas lontananzas las torres de las aldeas! ¡Cómo se destacaban bajo el cielo sereno los oasis de chopos, mirándose trémulos en las aguas de los regatos, los sombríos encinares, las extensas praderas y las diseminadas alquerías! ¡Cómo nos parecía oir las tonadas de los pastores y gañanes, las notas melancólicas de la dulzaina, el rumor del áura en los guindos floridos y los gorgeos de "la alondra mañanera!„ ¡Oh! sí; todo aquel cuadro que el poeta nos

presentaba, era Castilla, madre fecunda de la raza que impuso su idioma, sus costumbres y su religión á centenares de pueblos y á millones de hombres; y los que amamos esa tierra, y los que á ella asociamos placeres de la infancia, anhelos vagos de la adolescencia, ilusiones de la juventud y recuerdos de la edad madura, sentimos que la emoción embargaba nuestros corazones y que las lágrimas acudían á nuestros ojos. ¡Bendito poder de la poesía que sabe despertar en las almas lo que hay en ellas de más noble y más hermoso!

Animado por tan legítimo como brillante triunfo y cediendo á las instancias de sus amigos y admiradores, Galán se ha decidido á dar á la estampa este tomo, cuyas primeras páginas tengo yo el atrevimiento de emborronar.

*
* *

Los signos más visibles de la decadencia en las artes, y por consiguiente en la literatura, son la complicación y la extravagancia. Cuando el gusto se extraga, no encuentra placer en lo sencillo y busca con ansia lo refinado. El nombre de *decadentes*, que por burla se dió al grupo de poetas parisienses, que después se llamaron *simbolistas*, y que ellos admitieron y

adoptaron como título de gloria, es exacto y definitivo. Conocidos son, por cuantos han seguido con algún cuidado el movimiento literario de fines de siglo, los versos, con frecuencia ridículos, de los tres grandes "sacerdotes" de aquella secta poética, Verlaine, Mallarmé y Moreas. Los disparates de estos tres estrafalarios escritores, pasaron la frontera y cruzaron los mares, y pronto empezó el contagio entre la juventud modernista de España y América. Sobre mi mesa tengo más de una docena de librejos españoles ó americanos que ni siquiera tienen el relativo mérito de ser originales. ¡Qué de cosas se les ocurren á sus autores! Ranúnculos que se enamoran en secreto de princesas á quienes sirven ó vigilan enanos monstruosos; murciélagos que chupan la sangre de los Cristos; ahorcados con las escamosas lenguas colgando, himnos á la Carne, madrigales á la palidez lilial de vírgenes exangües... todo ello diluído en versos, ó mejor dicho, renglones de muy diversa extensión, sin medida, ni ritmo, ni sintáxis, ni sentido común, constituye lo más flamante de la poesía de última hora.

Por fortuna, estos versos no han llegado al rincón en donde vive el poeta de *Castellanas*, ni aunque hubieran llegado habrían podido perturbar su salud intelectual. Los gérmenes mor-

bosos solamente prosperan en los organismos enfermos. La musa de Galán no es la cortesana de pelo teñido, ojos rasgados con los tiznes del *cohol*, mejillas embadurnadas de colorete, flaca, anémica y angulosa, como figura de cartel modernista, sino moza robusta.

Roja como una cereza,
Fresca como una fontana,
. . . .
Sencilla para pensar,
Prudente para sentir,
Recatada para amar,
Discreta para callar,
Y honesta para decir;

que estas cualidades, atribuídas por el autor á una de las campesinas que en sus versos figuran, son también las de la noble, limpia y decorosa poesía de Galán.

No necesita el poeta de *Castellanas*, para encontrar la belleza, andarla buscando en las nebulosas regiones del sueño ó en las sutiles, complicadas é histéricas lucubraciones de la vida social moderna.

De sobra sabe Galán que en todo lo que existe, puso Dios algo de la eterna belleza. El toque está en saber descubrirlo. En el jaramago que nace en las ruínas, en la retama que crece en la espesura del monte, en la misma "verdu-

ra de las eras„ puede el ingenio inspirado, como la abeja en las más humildes florecillas, encontrar la miel de sus versos. Aun de la más dura y pelada roca, la vara mágica del poeta hace brotar el manantial de agua viva.

En los campos castellanos, áridos y monótonos para los que no saben ver su belleza, nos muestra Galán mundos enteros de poesía. ¡Qué de paisajes nos retratan sus versos! Léanse las descripciones de *El poema del gañán* ó las de *El Ama*, y no sólo se creerá ver la campiña de Salamanca, se sentirá además toda la melancólica belleza del Otoño. A producir estos efectos, contribuye en gran manera la elección de los epítetos. Nuestro poeta los emplea con verdadera maestría. Demuéstranlo los que esmaltan la siguiente estrofa de la segunda de las dos citadas composiciones, en la cual estrofa se pinta la noble y honrada existencia de una familia campesina:

La vida era solemne,
puro y sereno el pensamiento era,
sosegado el sentir, como las brisas,
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.

*
* *

Los pensamientos de las poesías de Galán son vulgares; su originalidad no depende de lo que en ellas se dice, sino de la manera individual y suya con que el autor nos presenta sus ideas. Uno de los dones del verdadero poeta es el de dar con la fórmula artística de lo que todos los hombres pensamos y sentimos. Lo que Schiller canta en su famosa composición *La Campana*, sin rival ni pareja en la moderna literatura, es la serie de hechos que forman el tejido de las existencias más obscuras y humildes. Nada tan vulgar como el pensamiento de que "todo se desvanece, de que todo pasa„, y sin embargo, el desarrollo ó amplificación de este pensamiento, constituye la más sentida elegía de la lírica castellana, las coplas de Jorge Manrique. Que "los muertos se quedan muy solos„, es una verdad perogrullesca, lo que no quita para que Becker, parafraseándola, escribiese una de sus más hermosas composiciones. Por esta razón, Joubert, hablando de las odas de Leopardi, decía que los pensamientos del gran poeta italiano eran frecuentes y comunes, y que él les daba valor ideal, gracias á la riqueza de su imaginación, mostrando por encima de los hechos sentimientos é ideas generales que se relacionan con las de todos los tiempos.

Los asuntos elegidos por Galán no pueden

ser tampoco más comunes. Un labriego, que al perder la compañera de su vida, ve sólo tristezas en lo que antes constituía su felicidad y su orgullo; un mozo enamorado que ofrece á la mujer amada lo mejor que encierran sus campos; un viejo campesino que aconseja á una moza casadera que se guarde de los atrevimientos de su galán; un montaraz que requiebra á su montaraza; un gañán que después de un día de trabajo vuelve á su aldea, donde le aguardan el amor honrado, el pan sabroso y el sueño tranquilo..., tales son los sencillísimos *argumentos* imaginados por Galán, y en esta sencillez estriba, á mi entender, uno de sus principales méritos, sencillez que, como indico más arriba, no se refiere tan sólo á los asuntos ni á las ideas, sino que alcanza también á los sentimientos.

Ya sé yo que la poesía expresa algunas veces las complicaciones y nebulosidades de la conciencia. Yo pongo sobre mi cabeza á Heine, cuyos versos me sugieren una multitud de sentimientos inefables y delicados, algunos tan ténues, que de puro sutiles se quiebran.... Hasta me inclino á creer que la poesía subjetiva, como pensaba Renan, va en camino de ser, andando el tiempo, el patrimonio de una limitada y escogida aristocracia. Pero, aun aceptan-

do esta hipótesis para el porvenir, hoy por hoy, el más estimado poeta será aquel que acierte á expresar en sus versos los sentimientos que pudiéramos llamar *primarios*.

Tales son los de los versos de Galán; patria, religión, amor casto, resignación, trabajo, constituyen los ideales y sentimientos á que el poeta de *Castellanas* rinde fervoroso culto. Todo esto, que no es privativo de tal ó cual raza, ni de tal ó cual región, lleva en las poesías de Galán el sello, por decirlo así, del carácter castellano, más recio que flexible y más austero que brillante. Todo lo afectivo está en Castilla impregnado de gravedad.

Crees que mi amor es menor
porque tan hondo se encierra,
y es que ignoras que el amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.

Y si el amor castellano, tal como es y se refleja en la anterior quintilla, es más bien reconcentrado que palabrero, la tristeza es varonil y está templada por la resignación, virtud suprema de las almas esforzadas.

¡Vuestra paz era imagen de mi vida
¡oh, campos de mi tierra!
pero la vida se me puso triste

y su imagen de ahora ya no es esa:
en mi casa, es el frío de mi alcoba,
es el llanto vertido en sus tinieblas;
en el campo, es el árido camino
del barbecho sin fin que amarillea.
. . . .
Pero yo ya sé hablar como mi madre
y digo como ella
cuando la vida se le puso triste:
"¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!

Con viril energía ensalza también Galán la ley del trabajo.

¡Todo al trabajo se ligó fecundo!
¿Y yo he de estar ocioso?
¿Y yo he de ser estéril en un mundo
Nacido fructuoso?
¡Arriba, arriba! ¡El corazón al cielo
Y á la tierra los brazos!
¡A la suerte del mundo unirme anhelo
Con más estrechos lazos!
¡La pluma, los cinceles, la mancera,
La espada victoriosa!...
¡Dadme lo que queráis, que abierta espera
Mi mano vigorosa!

No hay necesidad de seguir copiando; el lector encontrará, por sí mismo, en las composiciones á que estas líneas sirven de introducción, otros muchos destellos del alma castellana.

*
* *

He dicho antes, y ahora me parece ocasión oportuna de repetirlo, que en la inspiración de nuestro poeta no entra por nada ni para nada la influencia enfermiza de esa literatura que han dado en llamar modernista, y que tiene su origen en *Las flores del mal*, de Baudelaire. Las influencias que fácilmente se advierten en *Castellanas*, proceden de la misma tierra en que han nacido, y de lecturas casi exclusivas de nuestros escritores clásicos, entre los antiguos Mirademescua y Fr. Luis principalmente, y entre los modernos Núñez de Arce. Léase, por ejemplo, *Castellana*, y se verá que está inspirada en las quintillas que puso Mirademescua en boca de uno de los personajes de su comedia *El pleito del diablo con el cura de Madridejos*, y que, si mal no recuerdo, empiezan con los versos siguientes:

Deja espantos y temores
Catalina, ¿qué te falta?
que en alas de mis amores
iré á la Sierra más alta
por metales y por flores...

Pero ni la influencia del terruño nativo, ni estas lecturas y reminiscencias clásicas, ahogan la personalidad de Galán, que desembara-

zadamente se mueve convencido de que como él mismo escribe

...el alma sincera
lo que siente y no más es lo que canta.

La dicción del autor de *Castellanas* es castiza; en ella abundan elegantes modos de decir, y hasta en las trasposiciones, que son muchas, quizás demasiadas, se advierte la facilidad de lenguaje adquirida, más que en los libros, en el hablar de la gente de la provincia de Salamanca, región de España, en donde á veces oyendo á los habitantes, nos sentimos trasladados en espíritu al siglo XVI.

Quizás se advierte en algunas composiciones exceso de amplificación. Apasionado el poeta de los objetos que contempla, se extasía ante ellos, y enlaza frecuentemente enumeraciones con enumeraciones é imágenes con imágenes, en perjuicio alguna vez de la concisión poética. Pero son tan bellas esas enumeraciones, tan exactas esas imágenes, que el lector, recreado con ellas, no advierte, y si lo advierte fácilmente lo perdona, lo que hay de excesivo en tales amplificaciones.

Podría acaso también la crítica interlinial señalar en los versos de *Castellanas* algunas

cacofonías (pocas), la repetición frecuente de las mismas palabras en las composiciones asonantadas, algún que otro prosaísmo... ¿Pero en qué poeta, por grande que sea, no es fácil encontrar lunares como esos? Lo que avalora la poesía, es la verdad de los pensamientos, la elevación de las ideas, la nobleza de los afectos, la belleza de las imágenes, la propiedad de los epítetos, la fluidez y galanura de la versificación, y sobre todo, la inspiración sincera, difundida por todas las partes de la producción poética como la savia por el árbol. De todo ello hay abundante copia en los bellísimos versos del apasionado cantor de los campos castellanos.

A mucha fortuna tengo el ver, por caprichos de la casualidad, unido mi nombre al de un poeta, cuyos inspirados acentos, antes de ahora ensalzados por la docta y cristianísima pluma del P. Cámara, le aseguran justa y gloriosa nombradía.

ZEDA.

Madrid, Abril-1902.

Á QUIEN LEYERE

Á QUIEN LEYERE (1)

Quiero ofrecer á mis Venerables Hermanos en el Episcopado, á mis deudos y amigos, á cuantos hablan la lengua de Castilla, las tonadas de mi diocesano, nuevo cantor de la vida del campo, de las virtudes del apacible hogar, de la influencia y mérito de la madre cristiana.

Quiero que lloren, con lágrimas fugitivas y

(1) Publicóse este precioso prólogo á la cabeza de un tomito, primorosamente editado, que costeó el inolvidable P. Cámara, y regaló profusamente, poco antes de salir á luz la primera edición de *Castellanas.*

De las composiciones que contenía aquel volumen, *El Ama, Castellana* y *Presagio* aparecen en el presente. *Adoración* y *¡Ciegos!* han sido incluídas en el tomo de *Poesías Religiosas* y *El Cristu benditu* en el de *Extremeñas*.

Los lectores agradecerán que les demos esta ocasión de deleitarse en la lectura de este prólogo, del cual acertadamente dijo el insigne Pereda que no es la flor menos bella del ramillete; y nosotros satisfacemos de esta suerte el anhelo de que una vez más vayan unidos los nombres de los dos inolvidables muertos.

suaves, como yo he llorado, una y cuantas veces posé los ojos en esos versos de *El Ama*... pintura de las esposas bíblicas, y que con sus pelos y señales reconozco en las dueñas de nuestras alquerías salmantinas; versos por donde corre el raudal de los sentimientos tiernos y candorosos, de los afectos puros y naturales, y donde se sienten las delicias inefables de la paz y de la fe, y se goza el orden sosegado, fruto del honrar á los padres, á los amos y personas mayores.

El dictado de *Amo,* se une, en estas comarcas, al nombre de pila del patriarca y jefe de familia pudiente. No puedo yo olvidar al amo Lorenzo, medrado de 83 años, cuando yendo de visita pastoral desde el pueblo del nuevo poeta, *Frades de la Sierra*, á Pedrosillo de los Aires, salió á esperarme, caballero jinete en retozona jaca, y por el camino me iba informando de cómo se levantaba siempre con estrellas, para el buen gobierno de gañanes y apajamiento de los *buei*s.

El Ama, que sonaba poco en mis oídos como epígrafe de esta gallarda poesía, es nada menos que la señora de la casa, coronada reina del hogar, de cuyos dulces labios están pendientes la fornida servidumbre, los numerosos hijos y nueras, y el mismo taciturno amo.

Esa es la madre cristiana, que comienza muy de madrugada por atender á los reparos de la despensa, y prepara solícita y distribuye el frugal alimento á innumerables bocas de parientes y gañanes, y es la que recuerda los días de cocer y de colada, así como sabe de memoria los de comer de viernes; la que presta oído á las señales de la campana, para que nadie se quede sin la santa misa, ni por la noche, en la anchurosa cocina, y al amor de la lumbre, se deje de rezar el santo rosario por aquellos serviciales lealísimos, vestidos de pardo, que, callados y respetuosos, parecen un grupo de encinas olivadas.

Esa ama es la que conmemora los días de sus difuntos, y lleva la ofrenda de pan y cera y la limosna del responso á la iglesia, manteniendo respetos cariñosos para con el señor Párroco. Esa es la madrina de confirmación en las visitas pastorales, si es que no se atraviesa la alcaldesa con alegatos de derecho consuetudinario. ¡Oh! á mayor abundamiento, ella es la columna de la fe, y de todo el orden é integridad de costumbres, en los dominios de su morada, no menos que en los costados de la vecindad. Esa es la Blanca y la Berenguela, que modelan los corazones de grandes ó pequeños monarcas; es la Mónica que encauza entendi-

mientos y pasiones, aunque sea en la angostura del principado señorial de la aldea.

Á esas *amas* dedico también estas páginas: en sus creencias de arraigo, en su reinado de la piedad y la ternura, cifro especialmente las dichas de la patria.

Ellas, que se hallan en medio de los paisajes del campo, se asombrarán de verse aquí retratadas; y como sucede, que las imágenes de los árboles y transeuntes, aparecidas en los espejos y los cristales de las ventanas nos parecen más bellas que los objetos en sí mismos, van á admirar este libro, al verle cubierto de las flores de sus cortinas y huertos, de las gamarzas, las tijeretas y las amapolas; y que pinta las añosas encinas, y hace de sus ramas doseles, y no olvida las regocijadas tonadas de sus pastores.

Nosotros oímos en los inspirados versos de *Adoración*, aquel himno de gloria que, según David, cantan á Dios los cielos estrellados; y por lo cual el Apóstol fulminó todos sus anatemas contra los hinchados filósofos, á quienes cegó la soberbia, para no ver la hermosura divina reflejada en los prados floridos y en las abundantes espigas de oro.

Porque, cierto, este es el canto de la verdad y de la justicia: la verdad de lo que el sentido

percibe y toca: la justicia del agradecimiento al Creador: es la placidez y el embeleso; es el sentimiento brotado de las entrañas de la madre naturaleza.

Los aires, que por aquí se respiran, son los embalsamados del cantueso y del tomillo, son aires de salud y de frescura, los que vigorizan al cuerpo, deleitan y robustecen al alma. Todo organismo se enflaquece, todo espíritu se disipa en el impurificado ambiente de las ciudades; tomad el baño de estos raudales y estos aires deliciosos; respirad.

Allá os envío soplos de áuras que refrigeran; ecos sonoros que extasían al ánimo. Nacen de nuestras extensas llanuras, cubiertas de flores y de mieses; de estos verdosos montes de encinas y robles; pues ya sabéis que á nuestra vera yergue todavía la cabeza, la *cumbre airosa*, y brota á su pié la *fontana pura* del autor de *La vida del campo* y de *La perfecta casada*.

Mientras del centro de España ¡ay! nos llegan presagios tristes, robadores de la paz del alma, os mando las gotas balsámicas, los *presagios* de nuestro bardo, y las embriagueces de su inspiración campestre, sorbidas alrededor del "Cristu benditu de la ermita güena„.

Al oir, el año pasado, las primeras canciones de Galán, pensé que la Providencia nos re-

galaba al profeta de las consolaciones, y quería felicitarle y celebrarle.

Nuestra revista, la *Basílica Teresiana*, recogió pronto sus rumorosos versos, y supliqué el permiso para formar el ramillete de los que han visto la luz, y difundirlos como flores cordiales, y remedio contra tanta pestilencia socialista y libertaria.

Galán contestó por telegrama: "Eso, y todo lo mío, está á disposición absoluta de mi señor Obispo".

Gracias y bendiciones al poeta cristiano; y mientras yo cumplo mi propósito, hincha él otro libro con todas sus peregrinas canciones, las castellanas y las extremeñas, y que algún crítico, de nuestra tierra, le analice y describa con maestría y arte.

Salamanca: 1.° de Abril de 1902.

† FR. TOMÁS, Obispo de Salamanca.

EL AMA

EL AMA [1]

I

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fuí como mi padre, y fué mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquélla!
  Compartían mis únicos amores

(1) Poesía premiada con la flor natural en los Juegos Florales celebrados en Salamanca el 15 de Septiembre de 1901.

la amante compañera,
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda.
¡Qué buena era la esposa
y qué feraz mi tierra!
¡qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez á ellas!
Una sencilla labradora humilde
hija de oscura castellana aldea,
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y séria,
trocó mi casa en adorable idilio
que no pudo soñar ningún poeta.
¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa
y con él mucho pan se amasa en ella
para los pobres que á su sombra viven,
para los pobres que por ella bregan!
Y cuánto lo agradecen, sin decirlo
y cuánto por la casa se interesan,
y cómo ellos la cuidan,
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana.
logrólo todo la mujer discreta.
La vida en la alquería
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena ..
¡Y cómo la alegría y el trabajo
donde está la virtud se compenetran!
Lavando en el regato cristalino
cantaban las mozuelas,
y cantaba en los valles el vaquero,
y cantaban los mozos en las tierras,
y el aguador camino de la fuente,
y el cabrerillo en la pelada cuesta...
¡Y yo también cantaba,
que ella y el campo hiciéronme poeta!
Cantaba el equilibrio
de aquel alma serena
como los anchos cielos,
como los campos de mi amada tierra;
y cantaba también aquellos campos,
los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas sérias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...
El alma se empapaba

en la solemne clásica grandeza
que llenaba los ámbitos abiertos
del cielo y de la tierra.
¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!
La brisa de la tarde
meneaba, amorosa, la alameda,
los zarzales floridos del cercado,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...
¡Monorítmica música del llano,
qué grato tu sonar, qué dulce era!
La gaita del pastor en la colina
lloraba las tonadas de la tierra,
cargadas de dulzuras,
cargadas de monótonas tristezas,
y dentro del sentido
caían las cadencias,
como doradas gotas
de dulce miel que del panal fluyeran.
La vida era solemne,
puro y sereno el pensamiento era,
sosegado el sentir, como las brisas,
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,

austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.
¡Qué deseos el alma
tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura
cuando Dios le decía que lo era!

II

Pero bien se conoce
que ya no vive ella,
el corazón, la vida de la casa
que alegraba el trajín de las tareas,
la mano bienhechora
que con las sales de enseñanzas buenas
amasó tanto pan para los pobres
que regaban, sudando, nuestra hacienda.
¡La vida en la alquería
se tiñó para siempre de tristeza!
Ya no alegran los mozos la besana
con las dulces tonadas de la tierra
que al paso perezoso de las yuntas
ajustaban sus lánguidas cadencias.

Mudos de casa salen,
mudos pasan el día en sus faenas,
tristes y mudos vuelven
y sin decirse una palabra cenan;
que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas
Y rezamos, reunidos, el Rosario,
sin decirnos por quién... pero es por ella.
Que aunque ya no su voz á orar nos llama
su recuerdo querido nos congrega,
y nos pone el Rosario entre los dedos
y las santas plegarias en la lengua.
¡Qué días y qué noches!
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan
por encima del alma que está sola
llorando en las tinieblas!
Las sales de mis lágrimas amargan
el pan que me alimenta;
me cansa el movimiento,
me pesan las faenas,
la casa me entristece
y he perdido el cariño de la hacienda.
¡Qué me importan los bienes
si he perdido mi dulce compañera!
¡Qué compasión me tienen mis criados

que ayer me vieron con el alma llena
de alegrías sin fin que rebosaban
y suyas también eran!
Hasta el hosco pastor de mis ganados,
que ha medido la hondura de mi pena,
si llego á su majada
baja los ojos y ni hablar quisiera;
y dice al despedirme:—"ánimo, amo;
haiga mucho valor y *haiga pacencia*..."
Y le tiembla la voz cuando lo dice,
y se enjuga una lágrima sincera,
que en la manga de la áspera zamarra
temblando se le queda...
¡Me ahogan estas cosas,
me matan de dolor estas escenas!
¡Que me anime, pretende, y él no sabe
que de su choza en la techumbre negra
le he visto yo escondida
la dulce gaita aquella
que cargaba el sentido de dulzuras
y llenaba los aires de cadencias!...
¿Por qué ya no la toca?. .
¿por qué los campos su tañer no alegra?
Y el atrevido vaquerillo sano
que amaba á una mozuela
de aquellas que trajinan en la casa,
¿por qué no ha vuelto á verla?

¿por qué no canta en los tranquilos valles?
¿por qué no silba con la misma fuerza?
¿por qué no quiere restallar la honda?
¿por qué está muda la habladora lengua,
que al amo le contaba sus sentires
cuando el amo le daba su licencia?
—"¡El ama era una santa!.. „
me dicen todos, cuando me hablan de ella.
"¡Santa, santa!„—me ha dicho
el viejo señor cura de la aldea,
aquel que le pedía
las limosnas secretas
que de tantos hogares ahuyentaban
las hambres y los fríos y las penas.
¡Por eso los mendigos
que llegan á mi puerta,
llorando se descubren
y un padre nuestro por *el ama* rezan!
El velo del dolor me ha oscurecido
la luz de la belleza.
Ya no saben hundirse mis pupilas
en la visión serena
de los espacios hondos,
puros y azules, de extensión inmensa.
Ya no sé traducir la poesía,
ni del alma en la médula me entra
la intensa melodía del silencio,

que en la llanura quieta
parece que descansa,
parece que se acuesta.
  Será puro el ambiente, como antes,
y la atmósfera azul será serena,
y la brisa amorosa
moverá con sus alas la alameda,
los zarzales floridos,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja....
  Y mujirán los tristes becerrillos,
lamentando el destete, en la pradera;
y la de alegres recentales dulces,
tropa gentil, escalará la cuesta
balando plañideros
al pié de las dulcísimas ovejas;
y cantará en el monte la abubilla,
y en los aires la alondra mañanera
seguirá derritiéndose en gorjeos,
musical filigrana de su lengua. ..
  Y la vida solemne de los mundos
seguirá su carrera
monótona, inmutable,
magnífica, serena.. .
  Mas ¿qué me importa todo,
si el vivir de los mundos no me alegra,

ni el ambiente me baña en bienestares,
ni las brisas á música me suenan,
ni el cantar de los pájaros del monte
estimula mi lengua,
ni me mueve á ambición la perspectiva
de la abundante próxima cosecha,
ni el vigor de mis bueyes me envanece,
ni el paso del caballo me recrea,
ni me embriaga el olor de las majadas,
ni con vértigos dulces me deleitan
el perfume del heno que madura
y el perfume del trigo que se encera?
Resbala sobre mí sin agitarme
la dulce pöesía en que se impregnan
la llanura sin fin, toda quietudes,
y el magnífico cielo, todo estrellas.
Y ya mover no pueden
mi alma de poeta,
ni las de Mayo auroras nacarinas
con húmedos vapores en las vegas,
con cánticos de alondra y con efluvios
de rocïadas frescas;
ni estos de otoño atardeceres dulces
de manso resbalar, pura tristeza
de la luz que se muere
y el paisaje borroso que se queja...
ni las noches románticas de Julio

magníficas, espléndidas,
cargadas de silencios rumorosos
y de sanos perfumes de las eras;
noches para el amor, para la rumia
de las grandes ideas,
que á la cumbre al llegar de las alturas
se hermanan y se besan....
¡Cómo tendré yo el alma
que resbala sobre ella
la dulce pöesía de mis campos
como el agua resbala por la piedra!
Vuestra paz era imagen de mi vida
¡oh campos de mi tierra!
pero la vida se me puso triste
y su imagen de ahora ya no es esa:
en mi casa, es el frío de mi alcoba,
es el llanto vertido en sus tinieblas;
en el campo, es el árido camino
del barbecho sin fin que amarillea.

. . . .

Pero yo ya sé hablar como mi madre
y digo como ella
cuando la vida se le puso triste:
"¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!"

CASTELLANA

CASTELLANA

Por qué estás triste, mujer?
¿Pues no te sé yo querer
con un amor singular
de aquellos que hacen llorar
de doloroso placer?

Crees que mi amor es menor
porque tan hondo se encierra,
y es que ignoras que el amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.

¿No está tu gozo cumplido
viendo desde esta colina
un pueblo á tus piés tendido,
un sol que ante tí declina
y un hombre á tu amor rendido?

¿Te place la patria mía?
No en sus hondas soledades
busques con vana porfía
la estrepitosa alegría
de las doradas ciudades.

El campo que está á tus piés
siempre es tan mudo, tan serio,
tan grave como hoy lo ves.
No es mi patria un cementerio,
pero un templo sí lo es.

Busca en ella soledades,
serenas melancolías,
profundas tranquilidades,
perennes monotonías
y castizas realidades.

Si tú gozarlas supieras,
ahora mismo depusieras
tu adusto ceño sombrío.
¿Qué de mi patria quisieras
para alegrarte, bien mío?

¿Quieres que vaya á buscar
cuarzos blancos al repecho,
colorines al linar,
nidos de alondra al barbecho
y endrinas al espinar?

Para que tú te regales,
no dejaré una con vida
veloz liebre en los eriales,
ni esquiva perdiz hundida
del cerro en los matorrales,

ni conejillo bravío
dormido bajo el carrasco,
ni mirlo á orillas del río,
ni sisón en el peñasco,
ni alondras en el baldío.

¿Quieres que hiera en su vuelo
á ese milano que el cielo
raya con círculos anchos,
y de sus garras los ganchos
venga á clavar en el suelo,

y atrás la cabeza echada,
las plumas te enseñe y rice
de la pechuga alterada,
y ante tus piés agonice,
con la pupila espantada?

Si buscas flores sencillas,
hay en el valle violetas,
y gamarzas amarillas,
y estrelladas tijeretas,
y olorosas campanillas.

Si quieres, rosa temprana,
ver los sudores y afanes
que cuesta el pan de mañana,
ven y verás mis gañanes
trajinando en la besana.

O vamos á mis sembrados
y allí verás emulados
de tus labios los carmines,
que parecen amasados
con pétalos de alvergines.

Verás mecerse, aireadas,
del mar de la miés las olas,
aquí y allá salpicadas
de encendidas amapolas
y de jarritas moradas.

Y mientras gozas del vago
rumor de aquel ancho lago
de móviles verdes tules,
yo una corona te hago
de clavelillos azules;

y con ella, nueva Ceres,
reina serás, si tú quieres,
de mis campos y labores,
que reina de mis amores
ya hace tiempo que lo eres.

¿Sientes ganas de llorar?
También las sé yo sufrir
cuando me pongo á pensar
que Dios te puede llevar
y hacerme sin tí vivir.

Mas... ¡vamos al prado un rato,
que en él hay sombra de encinas,
murmullos de viento grato
y agua fresca de regato
rebosante de pamplinas!

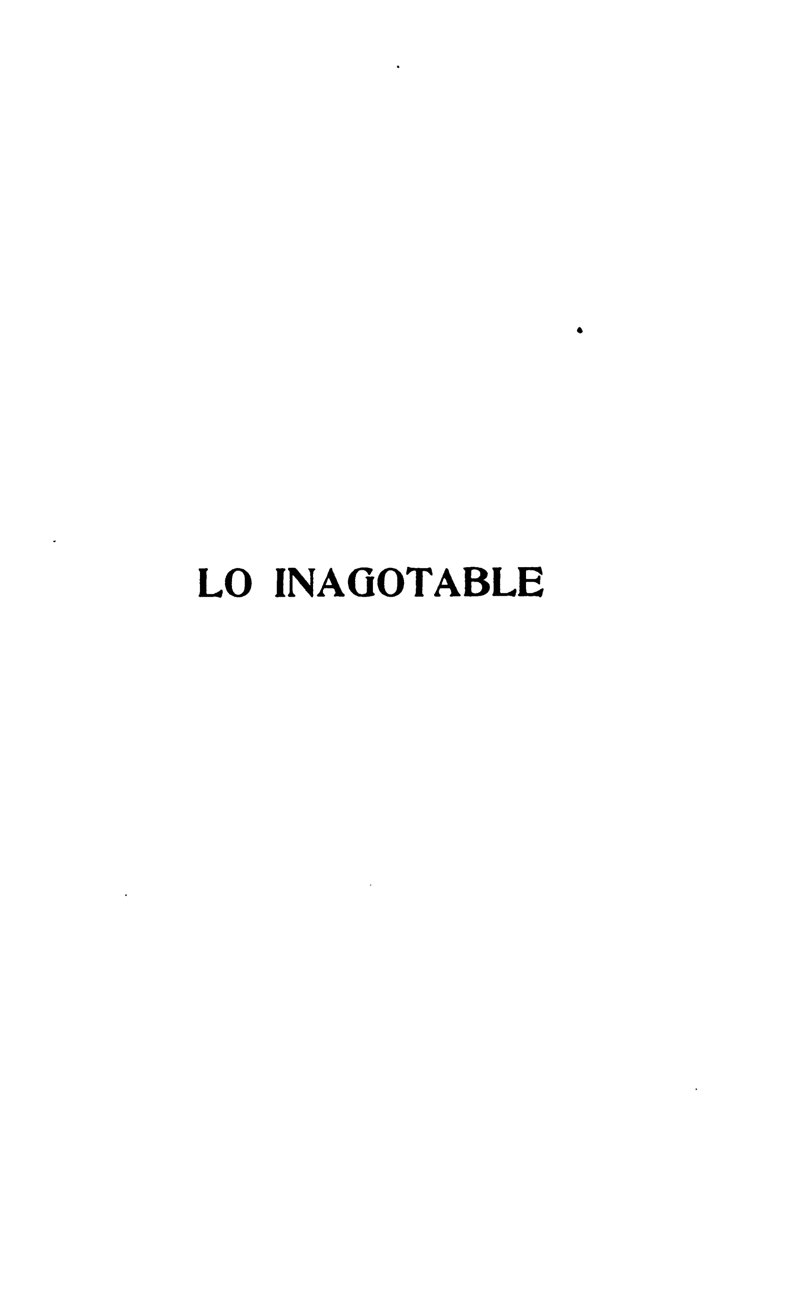
¿Quieres que de esa ladera
te baje un haz de tomillo
ó que salte á esa pradera
y te traiga un manojillo
de oliente yerba triguera?

¿Lloras? Pues si es de ternura,
deja ese llanto correr,
que es un riego de dulzura,
hijo de la fresca hondura
del manantial del placer.

Mas si lloras desconsuelos
y torturas de los celos,
¡vive Dios, que lloras mal!
Testigos me son los cielos
de que mi amor es leal

Y si piensas que es menor
porque tan hondo se encierra,
recuerda que el hondo amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.

Alégrate, pues, mujer,
porque te sé yo querer
con querer tan singular,
que á veces me hace llorar
de doloroso placer ..



LO INAGOTABLE

LO INAGOTABLE

De rodillas delante de la fosa
Donde se pudre el mocetón garrido,
La pobre vieja sin moverse pasa
La tarde del domingo.

Una tarde otoñal, helada y muda,
De cielo muy azul, campiña yerta,
Y un sol amarillento que se muere
De frío y de tristeza.

Una vela amarilla que no alumbra,
Se quema como el alma de la anciana,
Cuyos ojos decrépitos no lloran
Porque no tienen lágrimas.

Todas se las tragó la avara tierra
De la tumba del hijo malogrado,

A cuyos piés la yerba está escaldada
Con las sales del llanto.

Vagaba por los ámbitos vacíos
Del humilde y yerboso Cementerio,
El aroma de muerte que despide
La tïerra de los muertos.

Volaban sobre el templo los cernícalos
Y rasaban el viejo campanario
Los bandos de veloces aviones
Que pasaban chillando.

Y de la plaza del lugar venían
Sones de tamboril y castañuelas,
Notas de gaita que al hablar de amores
Infundía tristeza.

¡Cómo bailaba la muchacha alegre
Para quien fué belleza vigorosa
Lo que era ya bajo viscosa yerba
Montón de carne rota!

Montón de carne rota que una madre
Tuvo un día pegado á sus entrañas,

Y espejado en las niñas de sus ojos
Y en el centro del alma.

Y ya está allí, deshecho en las tinieblas,
El fuerte hastial de la feliz casita,
El que ganaba el mendruguito blando
Que la anciana comía.

Una alondra del páramo vecino
Se posó en la pared del camposanto
Para beber el rayo agonizante
Del frío sol dorado,

Y cantó una canción opaca y fría
Que ni siquiera le agitó el pechuelo
Que cien mañanas pareció romperse
Modulando gorjeos.

¡Sorda elegía que inspiró Natura
Junto á la tumba donde el mozo estaba,
Que tantas veces, cual la alondra aquélla,
Le cantó la alborada!

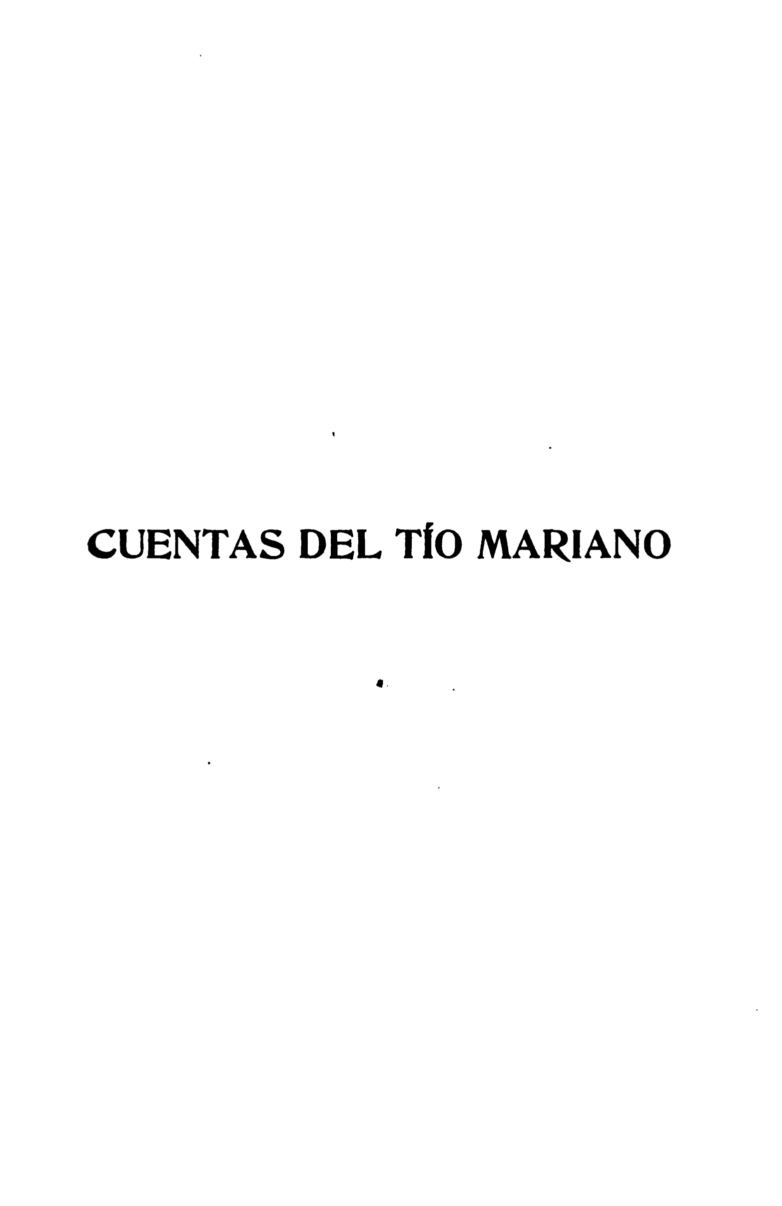
Se hundieron en sus grietas los cernícalos,
Y en los huecos del viejo campanario

Poco á poco los raudos aviones
Se metieron chillando.

Cayó el silencio sobre el pueblo humilde,
Murió la tarde y se marchó la alondra,
Y la vida le dijo á la ancianita
Que estaba ya muy sola.

¡Era preciso abandonar al hijo!
Besó la tumba y apagó la vela
Que derramó sobre la yerba húmeda
Dos lágrimas de cera.

¡Y dieron todavía otras dos lágrimas
Aquellos ojos que estrujó el dolor!
Ni ignoradas ni estériles las dieron:
¡Las vimos Dios y yo!



CUENTAS DEL TÍO MARIANO

CUENTAS DEL TÍO MARIANO

ARABA el tío Mariano
La húmeda tierra gredosa,
Y entre la bruma lluviosa
Del horizonte lejano,

Con cierta noble ansiedad
Que á la amargura se junta,
Miraba, al volver la yunta,
Las torres de la ciudad.

Allí los amos estaban
De aquel pedazo de llano,
Ya convertido en pantano
Por lluvias que no amainaban.

Y no pensaba el rentero,
Que el amo estaba al abrigo

Del bofetón del hostigo
Y el frío del aguacero.

Aspiraciones más parcas
Tentaban al viejo charro
Mientras hundía en el barro
Sus bien calzadas abarcas.

Era un día de Febrero
Revuelto, lluvioso y frío;
Cada camino era un río
Y un charco cada sendero.

Bajaban por las quebradas
Turbios regatos zumbando
Que iban el hoyo inundando
De hoscas aguas coloradas.

Y era el barbecho un fangal,
Y el prado un estanque era,
Y una charca la ribera,
Los valles un chapatal.

Arrebataba el solano
Las gotas del aguacero

Que eran las puntas de acero
De su látigo inhumano.

Iracundos los zagales
Bregaban con los corderos
Y los cabritos zagueros
Hundidos en los fangales.

Y el pobre tío Mariano,
Con la anguarina calada,
Bajo un brazo la aguijada
Y en la mancera una mano,

Arando estaba en tal día
Por no perder una huebra,
Donde diz que el viento quiebra
Cosa que él solo diría,

Pues en aquella desnuda
Tierra llana sin abrigo,
Le flagelaba el hostigo
La cara con saña cruda.

Y así malamente araba
Y echaba el hombre sus cuentas,

Las cuentas de aquellas rentas
Que por las tierras pagaba.

Bien echadas las tenía,
Pero con mal resultado,
Y así terco y porfiado,
Las iba haciendo aquel día:

"Las rastras ya no las miento;
Hogaño si pinta el año,
No será nengún extraño
Que me arrimase á las ciento."

"Se ha derramao en sazón,
La desará fué mu guapa,
Y si sigue asín, no escapa,
De haber buena granación."

(Este cálculo lo hacía
Con las leves omisiones
De langosta, inundaciones,
Y pedriscos, y sequía...)

"Ahora, tanto pa calzar,
Tanto en vestir y en comer..."

(Y no hablaba de beber
Porque era hablar... de la mar.)

"Tanto pa contribuciones,
Tanto pa renta y simiente...„
Y así fué del remanente
Practicando sustracciones.

Y de las ciento supuestas
Sustrajo el tio Mariano
Tantas fanegas de grano,
Que al pasar de ciento éstas,

Puso cara de ansiedad,
Y el cuerpo zarandeando,
Dijo con pena, mirando
Las torres de la ciudad:

"Si hogaño fuese allá un día
Y el amo bajar quisiera
Seis fanegas... ¡cualisquiera,
Cualisquiera me tosía!.. „
. . . .

¡Señor del tío Mariano!:
Si acude á tí, sé piadoso,
Que harás un hogar dichoso
Con seis fanegas de grano.

REGRESO

REGRESO

I

Estuve en la ciudad. Vi la materia
Brillar resplandeciente,
Correr arrolladora,
Sonar dulce y rugiente
Y en la vida imperar como señora.
Reina del mundo, la ciudad entera
Su esclava fiel, su adoradora era.
Los sabios peroraban
Del aula en la trinchera
En defensa del ídolo que amaban;
Los coros de los hijos del Parnaso
Coplas sublimes en su honor cantaban,
Obstruían el paso
En plazas y jardines y museos
Las estátuas alzadas á la diosa,
Soberanos trofeos

Que falanje de artistas victoriosa
Le rindió generosa
Del ingenio de artísticos torneos;
Y la gran muchedumbre
De libres ciudadanos, de rodillas
En hábito de eterna servidumbre
Que no le pagan sus eternos amos,
Entonaban su canto de costumbre
"¡Te adoramos, oh diosa, te adoramos!„

***

Estuve en la ciudad y vi los sabios.
Fuí dispuesto á escucharles de rodillas,
Sin que allí mis palabras de hombre rudo
Salieran de la cárcel de mis labios,
Que en ellos hizo la ignorancia un nudo.
En sus alas la fama vocinglera
Llevó dos ó tres nombres
Al oscuro rincón de mi morada,
Que augusto templo del silencio era.
Y una noble ambición que hay en los hombres,
Me hizo salir de mi rincón querido,
Y á oir la voz que del saber es puerta,
Fuí con el alma abierta
Puesta debajo del abierto oído.
A entender los misterios fuí dispuesto
De la vida y del mundo,

La fuerte base del obrar modesto,
La clave oscura del saber profundo,
La oculta vía del vivir sin brillo,
La esencia arcana del amor honesto,
La regla simple del pensar sencillo...
Iba á aprender, sin tortuosos modos,
La fórmula del bien, los soberanos
Conceptos graves del amor de hermanos
Que nacimos de Dios, Padre de todos;
Y rasgadas las brumas que embarazan
La alta visión con su tupido velo,
Iba á saber el punto en que se enlazan
La senda de la vida y la del cielo.
Y así como la abeja,
Libado el polen, de la flor se aleja
Y torna á elaborar el néctar puro
De su colmena en el recinto oscuro,
Yo, conduciendo de placer henchido,
Mi carga de saber, carga de oro,
De los sabios tomada en el tesoro,
A las dulzuras del rincón querido
Contento volvería,
A labrar con el polen adquirido
Miel de sabiduría...
¡Oh, fama vocinglera!
¡Cuán fácil es el viento que te guía,
Y tu sonora voz, cuán embustera!

La gran sabiduría nunca ha sido
Música del oído,
Torrente de palabras que allí cae
Donde un hueco encontró, como el sonido,
Que el viento se lo lleva que lo trae.
Ni es orgullo que ciega,
Ni es encono que grita,
Ni estéril voz que apasionada niega,
Ni desprecio del bien que al mal invita.
Ni tampoco almacén abarrotado
De innúmeras ideas
Que pueril vanidad ha amontonado
Para que tú ¡oh adulador! las veas,
Y tú, Fama veloz, vueles y cantes,
Y tú, varón sencillo, oigas y creas,
Y os asombréis vosotros ¡oh ignorantes!
No, no: sabiduría,
En la noche del mundo tan sombría,
Es estrella que alumbra,
Brazo amigo que guía,
No relámpago breve que deslumbra
Ni mano malhechora que extravía.
¡Oh tú, Fama embustera!
No alborotes las plácidas mansiones
Donde quiere la vida ser sincera:
¡Tienes otras regiones
Donde suenan mejor tus huecos sones!

No vuelvas á mi casa; está cerrada
Y en ella encarcelada
Tu enemiga mortal, la Verdad ruda,
Que no sale á la calle
Porque nadie la quiere ver desnuda.
Y vosotros, ¡oh sabios! cuyos nombres
No saldrán de la cárcel de mis labios:
Una noble ambición que hay en los hombres
Me trajo á vuestros piés... ¡adiós, oh sabios!

***

Estuve en la ciudad y ví la vida.
Es ligera y hermosa,
Del modo que es hermosa y es ligera
La ingrávida, la leve mariposa
Que nace, vive y muere en Primavera.
Y así como el insecto primoroso,
Visitador inquieto de las flores,
Más parece nutrirse de colores
Que de polen sabroso,
La vida ciudadana,
De la flor del placer fiel cortesana,
No se acercaba á ella
Con aguijón de abeja laboriosa,
Sino con frágil ala lujuriosa
De mariposa bella.
¡Qué de prisa las horas sin regreso

Rodaban por encima de los séres!
¡Qué nervioso el avance del progreso,
Qué fuertes los placeres,
Las fiestas, qué brillantes,
Qué hermosas las mujeres
Y los hombres qué cultos, qué elegantes!
Lo que sabe el varón adusto y grave
Que en el pobre lugar pasa por sabio,
Cualquiera allí lo sabe.
Por eso es elocuente todo labio,
Porque los abre del saber la llave.
Conocen allí todos
Los secretos del Arte y de la Ciencia,
Saben de varios modos
Faltar á la verdad con elocuencia,
Saben negar, audaces,
Saben reir, satíricos feroces,
Saben gustar, voraces,
Las mieles de las mieles de los goces,
Y saben ser flexibles, distinguidos,
Hablar con gran finura
Y obrar con gran descoco...
¡Saben vivir unidos
Amándose muy poco!
¡El saber, el saber! Ese era el lema,
La aspiración suprema
De la vida veloz que se vivía,

¡Se estudiaba el amor como un problema!
Y yo también quería
Ser un sabio de aquellos que admiraba,
Mas no lo quiso la fortuna mía.
Ufano contemplaba
Montón de ideas mi cerebro hecho,
Pero ¡ay! se me olvidaba
En qué lado del pecho
Mi corazón encadenado estaba.
Sensible corazón que ahora palpitas
Al fuego del amor que ya te quema:
¿Para qué pude yo necesitarte
Donde el cerebro fabricaba el Arte
Y estudiaba el amor como un problema?
Yo pasaba los días presurosos
Entre sabios famosos,
Y las noches pasaba entre poetas:
¡Qué días tan ruidosos!
Y las noches ¡qué estériles, qué inquietas!
Y después de vivir la fácil vida
Que una noble ambición, humana y santa,
Me pintó de grandezas toda henchida,
Ni ella me dió sabiduría tanta
Como á cualquiera le infundió Natura,
Ni á cantar aprendí con más dulzura
Que la que puso Dios en mi garganta.

II

Pero ya estoy aquí, campos queridos,
Cuyos encantos olvidé por otros,
Amasados con miel y con veneno.
¡Pequé contra vosotros!
¡Recibidme otra vez en vuestro seno!
Yo te conozco, solitario monte,
Te cantaré de nuevo, patria mía,
Beber quiero tu luz, ancho horizonte,
Gozar quiero tu paz, ¡oh mi alquería!
Mis hijos inocentes
Beben el agua de tus puras fuentes,
Nutren su cuerpo con el pan sabroso
Que produce tu suelo generoso,
Tuesta sus puras frentes
La lumbre pura de tu sol caída,
Y me los hinchen de salud y vida
Los céfiros sedantes y serenos
Que vienen de tus grandes encinares,
Que vienen de tus mieses y tus henos,
Que vienen de tus ricos tomillares...
Aquí no vive la materia inerte
Esa vida que presta el artificio,
Estéril disimulo de la muerte.

Viven aquí las cosas
Porque en su entraña cada cual encierra
La del vivir intimación divina
Que á tí te ha dado jugos, fértil tierra,
Y á tí te ha dado savia, vieja encina.
Yo admiro la hermosura,
La soberana esplendidez grandiosa
Que augusta ostenta sobre sí Natura;
Pero ella es criatura,
No puede ser mi diosa;
Y aunque canto, postrado de rodillas,
Delante de sus grandes maravillas,
Que son del mundo hechizo,
Yo solo adoro en ella
La mano soberana que la hizo...
¿Y quién no besará la mano aquella
Que ha sabido crear cosa tan bella?



Hombres de mi alquería,
Custodios fieles de la hacienda mía:
Los que váis encorbados
Detrás de los arados
Desgarrando los senos de mis tierras;
Los que del hierro de la paz armados
Abatís la aspereza de mis sierras,
Los que andáis sin hogar, solos y errantes,

Guardando mis ganados noche y día,
Los de mis montes fieles vigilantes,
Los de mi casa honrada compañía,
Los que colmáis de frutos diferentes
Mi casa, mis laneros,
Mis templados establos, mis graneros
Y mis anchos pajares bien olientes ..
Mayorales, gañanes y renteros,
Cabreros y pastores,
Colonos y yegüeros,
Guardas y aperadores,
Montaraces, zagales y vaqueros...
¡Todos los hijos del trabajo rudo
Que regáis con sudor la hacienda mía...
Salid á recibirme! Yo os saludo
Y os bendigo en la paz de la alquería!
Vengo á anudar el hilo
Roto en mal hora del vivir tranquilo,
A humillar, cual vosotros, la cabeza
Al yugo del trabajo cotidiano,
Fuente de la riqueza,
Padre providencial de la pobreza,
Sal del vivir humano.
Que rueden por la mía
Como ruedan también por vuestras frentes,
Las de honrado sudor gotas ardientes
Que cuesta el pan del día,

Y que sepan mis hijos inocentes,
Cuando puedan mirar hácia el pasado,
Que el pan sabroso que los ha nutrido,
Era pan amasado
Con gotas de sudor por mí vertido.
Desciendan por mi frente
Del sudor del trabajo los raudales
Y bañen mi pupila distraída,
Que esos son los cristales
Al través de los cuales
Debemos todos contemplar la vida.
¡Hijos humildes del trabajo honrado!
Yo la vuestra contemplo
Como el más alto ejemplo
Del vivir generoso y resignado;
Y vuelvo á vuestro lado,
Porque todo lo bueno que he aprendido,
Vuestro grave vivir me lo ha enseñado.
Yo traigo, en cambio, el corazón henehido
De anhelos puros, de doctrinas buenas
Y de costumbres santas,
Y vengo hasta vosotros decidido
A derramur el bien á manos llenas,
Porque el Dios que me dió riquezas tantas,
Dióme con ellas el mayor tesoro
Que recibí de su divina mano:

¡Un corazón de oro
Que de todos los hombres me hace hermano!



Y tú, vida serena
De la blanca alquería,
De artificios vacía
Y de vigores naturales llena...
Tú, soledad amena,
Del encinar cargado de reposo,
Donde flota un ambiente religioso
Que de dulzor ¡oh alma! te enagena,
Y un bienestar sabroso
Que á tí, mortal escoria, te encadena
Al placer de un vivir tan deleitoso...
Tú, feliz compañía
De la fe, del amor y del trabajo,
Las tres que el alma mía
Virtudes altas á la vida trajo...
Tú, silencio elocuente
Que en el del campo bienhechor asilo
Hablas grave y severo,
Sabio maestro del pensar prudente,
Padre fecundo del amor tranquilo
Fiel confidente del sentir austero....
Y tú también, jugosa poesía,

De este rico soñar del alma mía,
De este vivir en el hogar templado,
De este cantar en la alameda obscura,
De este dormir en el regazo amado
De la conciencia pura
Que arrulla el sueño del varón honrado...
¡Dejadme respirar esta frescura
De vuestro ambiente que á vivir convida,
Que yo quiero vivir y esta es la vida!
Y vosotros, los anchos horizontes,
Los blancos caseríos,
Los valles y los montes,
Las fuentes y los ríos,
Los áridos y grises labrantíos ..
La sombra de la encina,
La música del aire dulce y queda,
Y el cantar de la honrada golondrina
Y el ruidoso hojear de la arboleda...
El agua de la poza cristalina,
Las guindas de mi huerto delicioso,
Sus ricos torongiles y albahacas,
El pan de mis pastores, tan sabroso,
La leche vadeante de mis vacas...
¡Regaladme con goces repetidos,
Que os esperan, abiertos, mis sentidos!
Yo daré cuanto tengo,
Que á derramar entre vosotros vengo

Pedazos de mi sér á manos llenas:
Para tí mi sudor, hacienda mía,
Para tí mis cantares, patria hermosa,
Para vosotros, sangre de mis venas,
Hijos amantes y adorable esposa;
Para los hombres, cuyas rudas manos
Colman mi casa de riquezas tantas
Pan abundante con doctrinas santas
Y el nombre sabrosísimo de hermanos;
Para el mal que á la lucha me provoca
Los de luchar inacabables modos;
Para el Dios de la Cruz, mi fé de roca,
Y el amor de mi alma, para todos.

¡Bendita ¡oh patria! seas, que me has dado
Uno en tu seno bienhechor asilo,
Para morirme en el vivir honrado
Que es el secreto de morir tranquilo!

GANADERO

GANADERO

TIENE un viejo caballote
De gigantesca armadura,
Buen correr, mala andadura,
Largo pienso y alto trote.

Tiene dos perros de presa
De ancha boca bien dentada,
Por si una res empicada
Se desmanda en la dehesa

Tiene dos galgos zancudos
De ojos vivos como chispas,
Flacas cinturas de abispas
Y curvos dorsos huesudos:

Dos destructores crueles
De las liebres y los panes,

Pues corren como huracanes
Y comen... como lebreles.

Tiene... nada á lo moderno:
Perdiz en ancho jaulón,
Escopeta de pistón
Y polvorines de cuerno.

Y tiene tan larga capa,
Tan ancha capa de paño,
Que al caballote castaño
Nalgas y cuello le tapa.

Gran pensador de negocios,
Ladino en compras y ventas,
Serio y honrado en sus cuentas,
Grave y zumbón en sus ocios,

Vividor como una oruga,
Su vida de siempre es ésta:
Con las gallinas se acuesta,
Con las alondras madruga.

Clavado en la dura silla
De su viejo caballote,

Se va á Extremadura al trote
Y al trote torna á Castilla;

Y toma allá montaneras,
Y arrienda aquí espigaderos,
Y busca allá invernaderos,
Y goza aquí primaveras,

Y viene y va con ganado,
Y vende, y vuelve á arrendar,
Y paga, y vuelve á criar...
Y siempre está atareado.

Y entre tantos trajinares,
Aún puede al año unos días
Lucirse en las romerías
De los rayanos lugares;

Porque el intrépido charro
Juega tan bien á la calva,
Que no hay ni en tierra de Alba
Quien no respete su marro.

Ni hay labrador ni vaquero
Que de tan brava manera

Coja una manta torera
Y eche á rodar un utrero.

Nadie como él ha lucido
Yeguas en las *cuatropeas*,
Y mantas en las capeas,
Y marros en el egido,

Rumbos en las romerías,
Maña en los retajaderos,
Fuerzas en los herraderos,
Y en las tientas, valentías.

Pocas habrá tan certeras
Cual sus sagaces miradas
Para arrendar otoñadas
Y calcular montaneras,

Pesar un novillo *á ojo,*
Vender oportunamente,
Saber observar prudente,
Saber mirar de reojo...

Mas ¡ay, que todo declina!
Ya no baila, ni capea,

Ya no lucha, ni pulsea,
Ya va viejo, ya se arruina...

Ya son su grave figura
Y su aspecto antes bizarro,
Sombras de aquel cuerpo charro
Que fué broncínea escultura....

¡Y no hay que hacerse ilusiones,
Porque al charro más valiente,
Si se le arruga la frente...
Se le arrugan los calzones!...

PUESTA DE SOL

PUESTA DE SOL

POR un cielo mudo y frío,
Sin nubes y sin color,
Bajaba un sol moribundo,
Muerta sombra de aquel sol
Que las viejas primaveras
Templaba fecundador.
Eran las tierras de ocaso
Desiertos que Dios creó
Para que el hombre se acuerde
Del Paraíso de Dios
Y muera con la nostalgia
Del que es infinito amor;
Y donde el cielo se unía,
Sin nubes y sin color,
Con una llanura muerta
Que el ruído nunca habitó
Con lentitudes dolientes
Agonizaba aquel sol.

Y no tuvo en su caída
Ni pueblo que la sintió,
Ni pájaro que cantara
La vespertina canción,
Ni selva que se moviera,
Ni hombre que alzara su voz,
Ni torre que se pintara
Con el dorado arrebol,
Ni sedalino celaje
Que embebiera en su vellón
La púrpura derretida
Del último resplandor.
Entre desiertos desnudos
La muerte le sorprendió,
Y al que muere en el desierto
No lo ve nunca el amor,
Ni nadie le presta oídos,
Ni nadie le dice adiós.

—

Así murió aquella tárde
Solo y quejándose el sol:
¡Así se mueren los hombres
Que han vivido sin amor!

MI MONTARAZA

MI MONTARAZA

I

No hay bajo el cielo divino
Del campo salamanquino
Moza como Ana María,
Ni más alegre alquería
Que Carrascal del Camino.

En Carrascal nació ella,
Y si antes no fuese bella
Su natal tierra bendita,
Fuéralo porque la habita
La rosa de monte aquélla.

No nace en tierra cristiana
Flor silvestre más lozana,
Ni hormiga más vividora,
Ni moza más castellana,
Ni mujer más labradora.

Hermosa sin los amaños
De enfermizas vanidades,
Tiene unos ojos castaños
Con un mirar sin engaños
Que infunde tranquilidades.

Sencilla para pensar,
Prudente para sentir,
Recatada para amar,
Discreta para callar,
Y honesta para decir;

Robusta como una encina,
Casera cual golondrina
Que en casa canta la paz,
Algo arisca y montesina
Como paloma torcaz;

Agria como una manzana,
Roja como una cereza,
Fresca como una fontana,
Vierte efluvios de alma sana,
Y olor de Naturaleza.

¿Qué extraño que los favores
Implore yo del destino,
Si estoy enfermo de amores
Por la reina de las flores
De Carrascal del Camino?

II

¿Me quieres, Ana María?
Yo me he soñado que sí;
Mas dudo que guarde impía
La ingrata fortuna mía
Tesoro tal para mí;

Pues de esos montes no lejos,
Hay otros montes ceñudos
Con montaraces ya viejos
Que tienen hijos talludos
Atentos á sus consejos.

Y sé que á esas alquerías
Van también ricos señores
A celebrar cacerías,
A dirigir sus labores
Y á ver sus ganaderías;

Y á mí me causa terror
Que en ese rincón de paz
Den contigo, rica flor,
El hijo de un montaraz
O el hijo de un gran señor.

Felicidad que soñé,
Esposa que presentí,
Mujer que luego busqué
Y ángel que al cabo encontré
Deben de ser para mí.

Dile al hijo del señor
De la vecina alquería,
Que dice tu servidor
Que no nació Ana María
Para caprichos de amor;

Que en las ciudades doradas
Encontrará lindas flores
Más suyas por delicadas...
¡Estas rosas coloradas
No son para los señores!

Pero si en ello porfía,
Por ladrón de mi destino...
¡Lo mato, si pisa un día
La raya de la alquería
De Carrascal del Camino!

Y el hijo del montaraz
De Castropardo el mayor,
El que oye mucho mejor
La voz de un viejo sagaz
Que el grito de un noble amor,

Si busca montaracías
Que den en prados y montes
Excusas y regalías,
Llenos están de alquerías
Esos anchos horizontes;

Pues sólo el amante fino
Que ante el encanto se rinde
De tu mirar peregrino,
Merece pisar la linde
De Carrascal del Camino.

¿Me quieres, Ana María?
¿Me esperarás en la raya
De tu divina alquería,
Cuando á la casa yo vaya
Que pretendo llamar mía?

¡Qué buen esposo me hicieras!
¡Qué hogar tan feliz tuvieras,
Si de ese monte feraz
Tú la montaraza fueras
Y fuera yo el montaraz!

Sé por guardas y pastores,
Que ríges ya á maravilla
La casa de tus mayores,
Donde por buena y sencilla
Te adoran tus servidores

Y yo me tengo jurado
Ser un amo tan honrado
Y un montaraz tan cabal,
Como el mejor que ha pisado
Los montes de Carrascal.

¿No sabes, Ana María,
Que yo he tenido parïentes
En una montaracía,
Y sé lo que son sirvientes
Y sé lo que es la alquería?

Hogaño he mercado en Alba
Una yegua de Peñalba
De rutilante mirar,
Tres años, negra, cuatralba,
Rica sangre y buen andar;

Un precioso bruto fiero
Con nobleza de cordero,
Blondas crines y ancha nalga,
Músculos curvos de acero
Y enjutos remos de galga.

Y en este animal brioso
Que nunca al trajín se rinde
De su marchar vigoroso,
Vigilaré cuidadoso
Tus montes de linde á linde;

Y ni en los montes vecinos,
Han de quedar clandestinos
Y atreviduelos pastores,
Ni furtivos cazadores,
Ni leñadores dañinos.

Y corrigiendo criados,
Y amparando desgraciados,
Será nuestra casa un día
Vivienda de hombres honrados,
Colonia de la alegría.

¿Quién más dichoso ha de ser
Que el hombre que va á tener
Bellos campos que cuidar,
Sabroso pan que comer
Y esposa á quien adorar?

Deudos que enfermo me halláis,
Amigos que me estimáis,
Hombres que me conocéis,
Todos los que me queréis,
Todos los que me envidiáis,

¡Pedid en justa porfía
Que me conceda el Destino
La mano de Ana María
Y aquella montaracía
De Carrascal del Camino!

EL POEMA DEL GAÑÁN

EL POEMA DEL GAÑÁN

I

Era el tiempo llegado
De las puras mañanas otoñales,
Las que tienen un sol tibio y dorado
Que de la hermosa vega enamorado,
Desgarra, para verla, los cendales
De flotante vapor que la han velado
En las primeras horas matinales.
Mañanas con alondras y rocío,
Canturreos sonoros,
Silbar de tordos y zumbar de río,
Balar de ovejas y mugir de toros...
Alegre despertar de los lugares,
Tañidos de campana,
Humo de los hogares,
Pura luz, tibio sol, dulce galbana...
Vinieron otra vez los esplendentes

Serenos mediodías,
Las tardes impregnadas de dolientes
Dulces melancolías,
Las noches de los húmedos relentes,
Las misteriosas madrugadas frías....
La tierra laborable,
Refrescada por lluvia saludable,
Iba tomando con el sol tempero,
Y al abrir el sencillo timonero
De los húmedos senos el tesoro,
Tan frescos y amorosos se ofrecían,
Que ellos mismos pedían
Del puño sembrador la lluvia de oro.
Erraban dos por el azul profundo
Girones albos de flotante nube,
Como las alas que perdió un querube
Que Dios ha puesto junto á mí en el mundo.
El aire se dormía,
Extática la mente se quedaba,
El ojo distraído ver creía
Que el suelo palpitaba
A impulsos de la vida que lo henchía,
Y absorto en la visión, le parecía
Que la inmensa llanura respiraba.
El alma vislumbraba
Los misterios profundos
Del eterno existir de los espacios

Y el perenne equilibrio de los mundos.
Natura estaba henchida
Del gran silencio que en lo grande anida,
Y hundido en el abismo del reposo,
Barruntaba el sentido vigilante
El sereno rodar majestuoso
De la Tierra gigante...
La atmósfera era pura,
Grande como los mares la llanura,
Abierto el horizonte,
Llenos los cielos de infinita calma,
Llena de amores la quietud del monte,
Llena de fé la soledad del alma...
Y el que suele rodar carro del tiempo
Con paso presuroso
Sobre la vida del mortal dichoso,
Que tiene que gozarla apresurado,
Era allí tan piadoso,
Que acortaba su paso, antes ligero,
Y rodaba callado
Para hacer el placer más duradero,
Para hacer el sentir más sosegado.
Brotaban ya en las eras
Quitameriendas de matices rojos,
Criaban achicorias los rastrojos,
Se llenaban las lindes de acederas,
Y los huertos de malvas y de hinojos.

La grata algarabía
De los bandos de tordos silbadores,
Los prados alegraba en que caía;
Tábanos zumbadores
Por la atmósfera erraban placentera,
Holgaban los pastores,
Tomando el sol en la feraz ribera,
Y reía el regato en la hondonada,
Y apuntaba la grama en la pradera...
Nuncios de la otoñada...
¡Tiempo de sementera!
¡Gran Dios: tan bellos días
Haces caer de tus hermosos cielos,
Que hasta me obligan á olvidar mis duelos,
¡Y es pecado olvidar lo que Tú envías!

II

"Echa surcos derechos
á mi ventana:
labrador de mis padres
serás mañana.„
(Cantar popular castellano).

La postrer melodía
Sonó amorosa del cantar suave
Que vino de la vaga lejanía
Con blando ritmo de volar de ave.

Rayaba el puro día,
El rústico cantor, embebecido
De su labor en la profunda calma
Plegó sus labios y rumió el sentido
De aquel cantar que le llegaba al alma.
Era verdad lo que el cantar decía.
En aquel lugarejo que dormía
Bajo la fronda espesa
De la mansa alameda juguetona,
Trabajo era honradez y Amor promesa;
Trabajo era virtud y Amor corona.
Y el gañán laborioso
Se deleitaba en el sentido hermoso
Del cantar de la moza castellana,
Que al elegir para mañana esposo
Buscaba labrador para mañana.
El también intuía
Que el Trabajo es virtud, es harmonía,
Es levadura del placer humano,
Fuente del bien, secreto de la suerte,
Deber del hombre sano,
Honra del varón fuerte
Y vanidad de mozo castellano
Que el pan que come con la misma toma
Con que lo gana diligente mano.
Y meditando sobre aquel mañana
Del severo cantar de la aldeana,

Pensó en sus padres, de ternura lleno,
Pues sus frentes rugosas le decían
Las gotas de sudor que se vertían
Para dar á los hijos pan moreno.
Y absorto, grave y mudo,
Vió grabado en el libro del Destino
Aquel cantar desnudo,
Primera estrofa del poema rudo
De la vida del pobre campesino.

III

"De poco me servía
labrar la tierra
como sus bendiciones
Dios no le diera".

Así cantó el labriego
Con música de intensa melodía
Que en el sentido derramó ambrosía
Y en la conciencia derramó sosiego.
Mediaba el puro día.
La quietud de la atmósfera pesaba,
La yunta se dormía,
La brisa se paraba...
Y las pardas alondras del camino
Se quedaban estáticas bebiendo
Las dulzuras del ritmo peregrino

Que del manso cantar iban fluyendo.
Era el himno aldeano,
Salmo de agradecida criatura
Que á Dios concibe en la celeste altura
Dándonos pan con amorosa mano:
Severo canto llano
Que al rudo mozo le enseñó Natura
Para el culto del templo soberano
De la vasta llanura,
Que aún es estrecha para altar cristiano.
Y yo escuchaba embelesado y mudo
La piadosa letrilla,
Decir sincero de la fé sencilla,
Hija de un pecho rudo
Donde nunca arañó, ruín y sañuda,
La sarna miserable de la duda.
El hijo del trabajo
Surco arriba marchando y surco abajo,
Buscaba en el trabajo solamente
Los pedazos de pan que el suelo encierra,
Porque siempre creyó cosa evidente
Que el sudor de la frente
Es el mejor abono de la tierra.
Pero también creía
Que es la mano de Dios omnipotente
Quien á la tierra laborable envía
El sol que la caldea,

La escarcha que la enfría,
La brisa que la orea,
La lluvia que la baña y la sanea...
La mano soberana,
Fuente de vida de la raza humana;
La mano de las grandes maravillas,
La que encierra en minúsculas semillas
Gérmenes diminutos,
Misterios del amor encantadores
De donde brotan las hermosas flores,
De donde surgen los sabrosos frutos...
Así se lo decía
La firme y pura que adquirido había
Fé de granito en el hogar amado;
Y aquel cantar piadoso y sosegado
Que del alma escapó por la garganta,
Fiel expresión de sus sentires era,
Porque el alma sincera
Lo que siente, y no más, es lo que canta.

IV

"Dice la mi morena
que cuando voy de arar
se entristecen los campos
se alegra el lugar„.

La labor terminaba. Atardecía,
Y la copla postrera,
Más rica que ninguna en harmonía,
Más dulce en el caer, más plañidera,
Más empapada en la nostalgia austera
Que infunde el campo de la patria mía,
Voló por la llanura
Y en el alma cayó por el oído
Con cadencias de lánguida dulzura,
Con dejos de quejido
Y amorosos temblores de ternura.
Era el himno sereno
Del amor castellano,
De prudente pudor, de calma lleno,
Como el alma del rústico aldeano:
Vibración de los gozos y las penas
De las almas serenas,
Arte robusto de las almas rudas,
Hondo consuelo de las almas buenas,
Unico idioma de las almas mudas...

¡Señor: si tus enojos
Haces caer sobre miseria tanta
Como aflige á cualquiera de tus hijos,
Ponle llanto en los ojos,
Ponle abrojos debajo de la planta,
Ponle arrugas y canas en la frente,
Pero déjale voz en la garganta,
Porque bien sabes tú, Dios providente,
Que no puede vivir el que no canta!
Camino de la aldea,
Que oculta entre los álamos humea,
Delante del muchacho distraído
La yunta va marchando,
El arado del yugo suspendido
Y el timón arrastrando.
Lánguidamente declinaba el día:
La brisa se hizo fría,
La alondra se acostó, cantó el mochuelo,
Y á la luz del crepúsculo expirante,
El murciélago errante
Culebreó con dislocado vuelo.
Era verdad lo que el cantar decía.
A medida que el mozo la dejaba,
La llanura qué triste se ponía,
Qué sola se quedaba!
Todo en ella decía
Que él era el alma del terruño muerto,

El era lengua del paisaje mudo,
El la nota viviente del desierto,
El sacerdote rudo
De aquel templo desnudo,
Al culto grave del Trabajo abierto.
Y á medida que el campo se ponía
Como la copla del gañán decía,
Se alegraba el lugar con los rumores
De la humilde legión de labradores
Que á la aldea volvía
En busca del pedazo del cariño,
La pobre cena en el hogar risueño,
Las caricias de un niño
Y unas horas dulcísimas de sueño.
Cuando el mozo pasaba por la era,
Del lugarejo plácida vecina,
Le pidió una campana plañidera
La oración vespertina,
Y él la rezó con la piedad sincera
Y algo inconsciente de la fé pristina.
En el cielo amarillo del Poniente
Brilló una estrella rutilante y pura,
Y el mozo, indiferente,
La vió cabrillear, fija en la altura;
Pero de aquella cristalina fuente
Que está junto al camino,
Vió venir hacia él alegremente,

Como bando de alondras trinadoras,
Alborotado grupo peregrino
De garridas muchachas habladoras.
Y ojos que no cegaron
Con la luz del lucero vespertino,
Deslumbrados quedaron
Al fulgor de una estrella
De la gentil constelación humana...
Con las Rebecas de alma castellana
Que el mozo vió venir... ¡estaba *ella!*

. . . .

Ese es un hijo de la patria mía:
El que Natura para el cielo cría,
El que entero en la vida se derrama,
Porque á vivirla, generoso, viene,
Trabaja, reza y ama:
¡Dios no le pide más: da lo que tiene!

PRESAGIO

PRESAGIO

I

¿Ves ese tronco, Agustina,
Que en el hogar se calcina
Y da á mis miembros calor?
Pues es el de aquella encina
Del valle de Fuenmayor.

No mataron sus vigores
Ni el cuchillo de la helada
Ni el dogal de los calores,
Sino la mano pesada
De los años destructores.

Allá, cuando Primavera
Verdes los campos ponía,
Y mi alegre pastoría,
Derramada en la ladera,
Desde el valle se veía,

Viví como un rey en él
De esa encinita á la sombra,
¿Dónde hay tronco como aquél?
Yerba y flores por alfombra
Y amplias ramas por dosel.

Allí aprendí á meditar
Y sentí las embriagueces
Del alto y puro pensar,
Y por gozarlas cien veces
Por eso aprendí á cantar.

Y sonaron mis canciones
A ruído de hojas de encina,
Arpa ruda cuyos sones
Dieron al alma emociones
Y al estro voz peregrina.

En Julio el abrasador,
Cuando á la ruda labor
Iba con mis segadores
A aquellos alrededores
Del valle de Fuenmayor,

Esa vieja venerable,
Unico asilo habitable
De la abrasada llanura,
Me daba sombra agradable
Con hálitos de frescura.

Porque el que puso en el cielo
Un sol que calcina el llano,
Pone una sombra en el suelo,
Como en el dolor humano
Pone de la fé el consuelo.

Y aquella encina frondosa
Que en las gayas estaciones
Me dió música amorosa,
Cuya dulzura sabrosa
Cayó sobre mis canciones,

Dióme después en estío
Fresco dosel protector,
Y ahora, que invierno sombrío
Me tiene yerto de frío,
Presta á mi cuerpo calor.

II

Así fuiste tú, mujer.
Me diste en las primaveras
De aquel encantado ayer,
Las poéticas primeras
Impresiones del querer.

Y así como la harmonía
Que de la encina caía
Se derramó en mis canciones,
Tu amor en el alma mía
Vertió mundos de ilusiones.

Después, cuando me agobiaba
La dolorosa fatiga
De un vivir que ya se acaba,
Tú fuiste la sombra amiga
Donde el alma descansaba.

Y ahora, que ya está conmigo
Del alma el invierno helado,

Que es su postrer enemigo,
Viviendo estoy amparado
De tu cariño al abrigo.

. . . .

Yo tengo miedo, Agustina,
Que el tiempo que se avecina
Me busca amenazador...
¡Ay, que ya murió la encina
Del valle de Fuenmayor!...

DEL VIEJO EL CONSEJO

DEL VIEJO EL CONSEJO

DEJA la charla, Consuelo,
Que una moza casadera
No debe estar en la era
Si no está el sol en el cielo.

Tu hogar tendrás apagado,
Y al mozo que habla contigo
Le está devorando el trigo
La yunta que ha abandonado.

Mira que está oscureciendo,
Que en las riberas lejanas
Ya están cantando las ranas,
Ya están las aves durmiendo.

Que tocan á la oración,
Y hay gentes murmuradoras
Cuyos ojos á estas horas
Cristales de aumento son.

Y es que los oscureceres
Son unas horas menguadas
Que han hecho ya desgraciadas
A muchas pobres mujeres.

Mira, muchacha, que ha sido
La tarde muy bochornosa
Y va á ser fresca y hermosa
La noche que ha producido.

Mira que son muy contadas
Las fuerzas de la memoria,
Mira que huelen á gloria
Las mieses amontonadas,

Y está tu galán delante,
Y está tu hermanillo ausente,
Y está el amor en creciente
Y está la luna en menguante,

Y á luz tan débil, yo creo
Que sola á salir no atinas
Del laberinto de hacinas
Donde metida te veo.

Tal vez si el mozo me oyera,
Pensara que esto es perfidia,
Creyera que tengo envidia,
Que tengo celos dijera,

Pues con la venda de amor,
No viera que soy un viejo
Que sólo con un consejo
Puedo acercarme á tu honor.

Vete, muchacha, y no quieras
Llorar prematuros gozos,
Que sé lo que son los mozos
Y sé lo que son las eras;

Y en tales oscureceres
Pláticas tales de amores
Dicen los murmuradores
Que son de tales mujeres...

Y tienen razón, Consuelo,
Que una moza casadera
No debe estar en la era
Si no está el sol en el cielo.

CANCIÓN

CANCIÓN

AQUÍ se siente á Dios. En el reposo
De este dulce aislamiento,
Un fecundo sentido religioso
Preside el pensamiento.

Derrámase por uno de dulzuras
Ambiente equilibrado,
Y en él cosecha las ideas puras
De que está penetrado.

Y sereno después, las alas tiende
Y escala el firmamento,
Seguro como el pájaro que hiende
Su apropiado elemento.

Entonces toca el alma lo profundo
Del alto amor sin nombre
Y quisiera que un templo fuera el mundo
Y un sacerdote el hombre.

¡El mundo, el hombre! Tras el doble abismo,
Solo esto es luminoso:
¡Cuán feliz puede hacerse el hombre mismo,
Y al mundo, cuán hermoso!

Desde este solitario apartamiento
Del monte sosegado,
Contemplo el harmonioso movimiento
De todo lo creado.

¡El trabajo es la ley! Todo se agita,
Todo prosigue el giro
Que le marca esa ley por Dios escrita
Donde quiera que miro.

Aquel pardo milano vagabundo,
Buscando va la presa,
Que le cuesta medir ese profundo
Vacío que atraviesa.

Riega el labriego la feraz besana
Con sudor de su frente,
Si rubio trigo le ha de dar mañana
Para nutrir su gente.

Quiere la golondrina nido blando
Para el amor sentido,
Y mis ojos fatiga acarreando
Pajuelas para el nido.

A los vientos la abeja se encadena
Y la hormiga al sendero
Para llenar aquélla su colmena
Y estotra su granero

La mansa yunta trabajosamente
Tira del tosco arado,
Y el pesado mastín va diligente
Detrás de su ganado.

¡Todo al trabajo se ligó fecundo!
¿Y yo he de estar ocioso?
¿Y yo he de ser estéril en un mundo
Nacido fructuoso?

¡Arriba, arriba! ¡El corazón al cielo
Y á la tierra los brazos!
¡A la suerte del mundo unirme anhelo
Con más estrechos lazos!

¡La pluma, los cinceles, la mancera,
La espada victoriosa! ..
¡Dadme lo que queráis, que abierta espera
Mi mano vigorosa!

Si sé cantar, te elevaré canciones,
¡Oh patria infortunada!
Que mil hay en tu amor inspiraciones
Para la lira airada.

Si es la piedra á mis manos obediente,
Venga el cincel á ellas,
Que el suelo patrio sembrará mi mente
De creaciones bellas.

Si hacen falta una mano y una vida,
Dad á aquélla una espada
Y toma tú mi sangre ¡oh, dolorida
Patria desventurada!

Y si mi fuerte, pero ruda mano,
Solo puede servirte
Para en los surcos enterrar el grano
Que de oro puede henchirte,

Para en tus vegas derramar tus ríos,
Para abonar tus tierras,
Y coronar de montes tus baldíos,
Y enriquecer tus sierras...

Entonces, no me arrojes al semblante
Deberes no cumplidos,
Porque yo soy el hijo más amante
De tus campos queridos,

Y para hacer esta canción honrada
Que el alma me pidiera,
He dejado un momento abandonada
Mi tosca podadera ..

INVITACIÓN

INVITACIÓN

SEÑORES de la ciudad:
Si ella admite en su grandeza
Vientos de sinceridad,
Ruídos de Naturaleza
Y aromas de soledad;

Si en vuestros breves vagares
Merecen entreteneros
Las coplas y los cantares
De oscuros, pero sinceros,
Rimadores populares,

Cerrad los ojos expertos
Al artificio ingenioso
Y oid sus rudos conciertos

Con los sentidos abiertos
Del percibir vigoroso.

***

Cabe la misma espesura
Donde ha soltado Natura
Su coro de ruiseñores,
Puso una legión oscura
De más sencillos cantores.

Y no es artista el sentido
Que por sencillos y tantos,
Desprécialos, distraído:
¡Algo dirán esos cantos
Al alma, si no al oído!

Algo tendrá todo ardiente
Pecho que así se derrama;
Que en el concierto viviente,
Todo lo que canta, siente,
Todo lo que siente, ama.

Y es el amor cosa tal
Que todo amor es hermoso,

Vibre en un alma inmortal
O en el pechuelo fogoso
Del ave del matorral.

Y es el cantar una cosa
Tan hija de este sentir,
Que para el alma amorosa,
Toda canción es hermosa
Si quiere amores decir.



Señores de la ciudad:
Los del cerebro cansado,
Que aún corre tras la verdad,
Los del ingenio aguzado
Que inventa la novedad....

Si frívolos y ligeros,
Cual sus artificios ruínes,
No os parecen ya sinceros
Esos de vuestros jardines
Ruiseñores prisioneros,

¡Venid al campo á escuchar
A otros sencillos cantores

Que os puedan acaso dar
Algo más que los primores
De un ingenioso cantar!

¡Subid, siquiera, á la altura
De esas torres elevadas,
A ver si la brisa pura
Lleva del campo tonadas
De las que enseña Natura!

Y aunque el ingenio las mida
Y arguya que no son bellas,
¡Probad su savia escondida,
Sentid con ellas la vida
Y haced el Arte con ellas!

***

Señores de la ciudad:
Si henchir queréis de verdad
El mundo de la belleza,
Dejadle á Naturaleza
Su cetro de majestad!

SURCO ARRIBA
Y SURCO ABAJO

SURCO ARRIBA

Y

SURCO ABAJO (1)

ARABA el tío Roque
Con su yunta de dóciles vacas,
Con la Triguerona,
Con la Temeraria.
Y conforme la reja iba hendiendo
La tierra esponjada,
Que al calor y á la luz descubría
Las frescas entrañas,
El secreto pensar del tío Roque,
Que el silencio en redor barruntaba,
Por imán de silencio arrancado
Del fondo del alma,

---

(1) Leida en la función celebrada en el Teatro Bretón de Salamanca con asistencia de S. M. Don Alfonso XIII.

A esparcirse sin miedo salía
De la cárcel estrecha en que estaba,
Y en las alas de un aire de otoño,
Se cernía con estas palabras:
!Vuelve, Triguerona!
¡Vuelve, Temeraria!
Si la mesma canción de otros años
Hogaño nos pasa,
Di que nos avía
La miaja senara.
Ca vez más señora
Te se pone la tierra y más mala.
No te sirve que le eches simiente
Como chochos de gorda y de blanca,
Ni que en piedra lipiz
Gastes las pestañas,
Ni que rompas, y bines, y tercies,
Y le des aricá bien temprana.
Cuasis con comuelgo
Seis fanegas ú siete derramas
Y te dan ventinueve raídas,
Que ni cuasi el trabajo le sacas.
Y esto es echar uno
Las cuentas galanas,
Porque si una pedrea te viene,
Que no son muy ralas,
Ni siquiera te deja un pajuco

Pa sacar del invierno las vacas,
¡Cuanti más un chocho
Pa meter en casa!
Y entá no es lo malo
Que no cojas nada,
Porque en un apurón, háte cuenta
Que un invierno... en la cárcel se pasa;
Pero, amigo, te afrontan con pagos,
Porque claro que no tienes cara
Pa cuadrarte y decir que lo debes...
Pero no lo pagas...
Y lo cual que es mejor no decirlo,
Pues no hubiendo vergüenza, no hay nada...
¡Vuelve, Triguerona!
¡Vuelve, Temeraria!
Porque no es el decir de que digas
Que no aguantas ancas,
Y que te rebelas
U que te aperrangas,
Porque en viéndote ya mancornao
Te quiten la carga...
Es que ya no puedes el dir más alante
Porque cuasi el aliento te falta,
Porque viene de atrás la flojera,
Porque no puedes ya con las rastras...
¡Vuelve, Triguerona!
¡Vuelve, Temeraria!

Si pintaran dos años arreo,
Pues entá se tapaban las faltas
Y el perro que hogaño
Nos dió la senara.
Yo cuasi que tengo
Como confianza,
Porque entá no creí que venían
Las primeras aguas
Y la tierra con ellas se ha puesto
Amorosa que gusta el ararla,
De modo y manera
Que la cosa no empieza tan mala.
Y no miento ahora
Los runrunes contínuos que andan
De que el Rey mesmamente en persona
Viene á Salamanca,
Que no es mala seña
Si tampoco falla...
¡Vuelve, Triguerona!
¡Vuelve, Temeraria!
Yo no sé, pero yo me magino
De que el Rey no vendrá á ver la Plaza,
Que en el mesmo Madrid habrá muchas,
No agraviando á la nuestra, tan guapas.
Me magino de que él no se fía
Y que viene á oservar lo que pasa,
Porque hacienda en poder de criaos

Se la lleva en un verbo la trampa.
Me magino que viene á enterarse
De si tiras p'alante ú atrasas,
De si siembras, ú comes, ú ayunas,
        U pierdes ú ganas.
        De modo y manera
Que en queriendo fijarse una miaja,
Se ha de dir al Palacio enterao
De máe cuatro lástimas
        Que si á mano viene
        Podrá remediártelas,
U siquiera poner los posibles,
Que en pusiéndolos bien no te fallan....
Yo no sé; pero yo me magino
De que el Rey no vendrá á ver la Plaza.
Y si sólo la Plaza le enseñan
        Los de Salamanca....
        ¡Pára, Triguerona!
        ¡Tente, Temeraria!

Á S. M. EL REY

Á S. M. EL REY (1)

Señor: no soy un juglar;
Soy un sincero cantor
Del castellano solar.
Canto el alma popular,
No tengo nombre, Señor.

Por eso, porque un obscuro,
Porque un sincero es quien canta
Y no un cortesano impuro,
Oiréis el de mi garganta
Canto llano, pobre y duro.

---

(1) Publicada en el número extraordinario que dedicó la Revista *Las Hurdes* á S. M. el Rey D. Alfonso XIII, con ocasión de su estancia en Salamanca en el mes de Septiembre de 1904.

Más placerá á vuestro oído
El débil trinar sentido
Del pájaro del erial
Que el resonante graznido
De hueco pavo real.

Señor: si en ese sagrado
Solar de español sentir
Han ante vos ocultado
Con luz de vivir dorado
Sombras de negro vivir,

Mintió la vieja embustera
Que llaman cortesanía ..
¡Mejor á su rey sirviera,
Si, en bien de la Patria mía,
Verdad á su rey dijera!

No sé con reyes hablar;
Mas bien podréis perdonar
Que yo platique con vos
Tal como en són de rezar
Platico de esto con Dios.

Estáme la fe enseñando
Y estáme el amor diciendo
Que todo se torna blando
Á nuestro Dios invocando
Y á nuestro rey requiriendo.

Que Dios corona á los reyes
Para que á mundos mejores
Lleven innúmeras greyes,
Mejor que atadas con leyes,
Sueltas en curso de amores...

Señor: en tierras hermanas
De estas tierras castellanas,
No viven vida de humanos
Nuestros míseros hermanos
De las montañas jurdanas

Señor: no oigáis las canciones
De las doradas sirenas,
Que sólo cantan ficciones...
¡Los más grandes corazones
Son los que arrostran más penas!

Dolor de cuantos los vieren,
Mentís de los que mintieren,
Aquí los parias están ..
De hambre del alma se mueren,
Se mueren de hambre de pan.

Hasta este monte eminente
Donde rimo mis cantares,
Sube famélica gente,
Que mis modestos manjares
Devora violentamente...

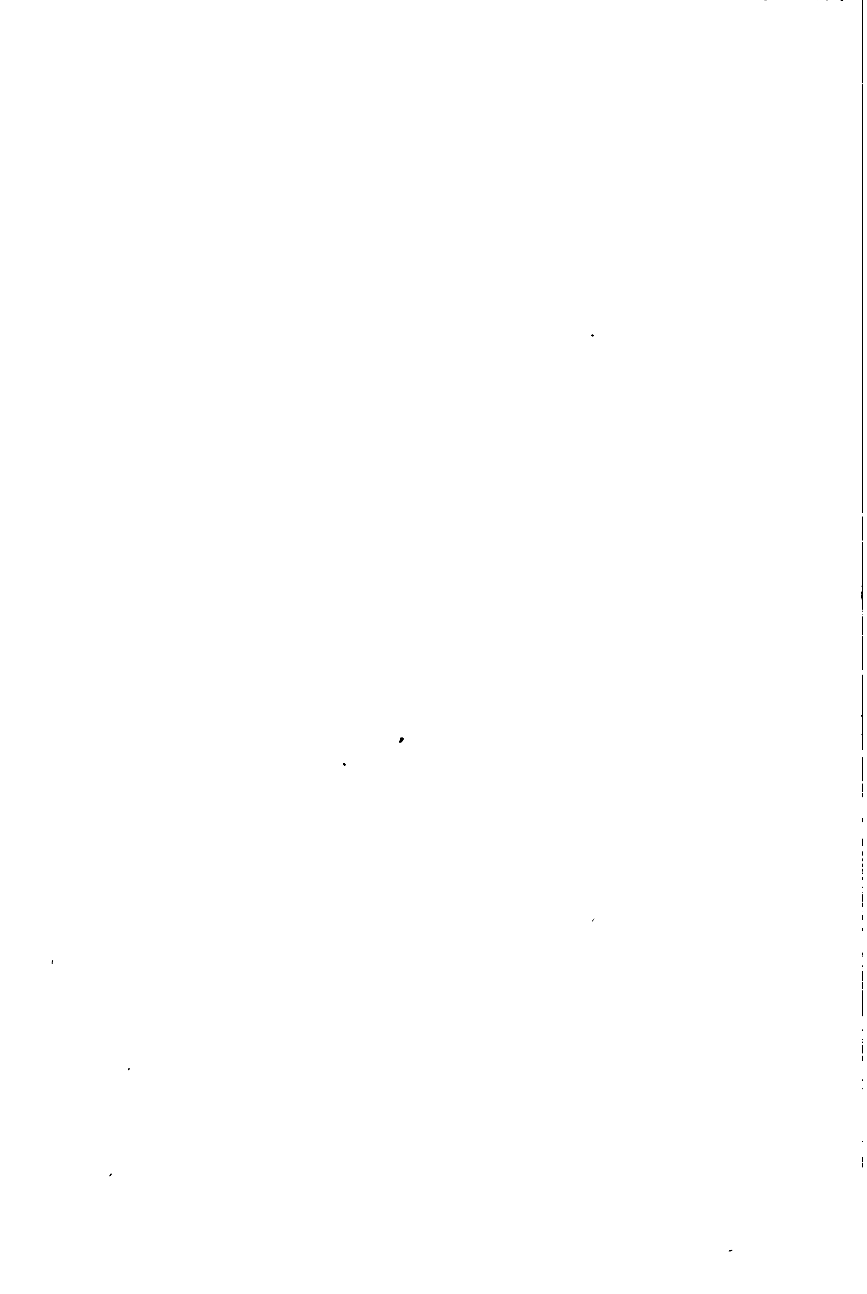
Tanta pena he contemplado,
Que unas veces he llorado
Con llanto de compasión,
Y otras, mi voz han velado
Gemidos de indignación.

Porque infama la negrura
De la siniestra figura
De hombres que hundidos están
En un sopor de incultura
Con fiebre de hambre de pan.

Limosna de un rey cristiano
Es manantial soberano
De grande consolación...
Mas nunca llega la mano
Donde llega el corazón.

La Patria es madre amorosa
Que hace milagros de amores...
¡Tienda una mano piadosa
Que disipe los horrores
De esta visión afrentosa!
. . . .

Señor: no soy un juglar.
Yo nunca rimo un cantar
Si no me lo pide Amor.
La Patria me hizo vibrar...
¡Patria sois también, Señor!





BRINDIS

BRINDIS (1)

Mi pobre prosa rimada
No podrá deciros nada
Que suene á cosa asombrosa.
Esto será una charrada;
No puede ser otra cosa.

No abráis el avaro oído
Creyendo que raro y bueno
Manjar de allende he traído,
Que yo jamás me he nutrido
Con pan de terruño ajeno.

(1) Leído por su autor en el banquete celebrado en Salamanca el 18 de Octubre de 1903, en honor del poeta y del Sr. Unamuno.

Pienso que el nuestro es fecundo
Como todo lo español.
Pienso que no hay en el mundo
Grano que arraigue fecundo
Debajo de extraño sol.

Por algo natura cría
Ventiscares en la sierra
Y alamedas en la umbría,
Por algo hay quien moriría
Si no viviera en su tierra.

En ella y á vuestro lado
Fuera tremendo pecado
Cantar en música extraña,
Que de frente ó que de lado
No venga á decir ¡España!

Más todavía: ¡Castilla!
Todavía más: ¡Salamanca!
Y aún más: la pobre aldeilla,
La limpia casita blanca,
La cuna, la paz sencilla....

Si el molde parece estrecho
De mi canción natural,
Decidlo á Aquel que me ha hecho
Pajarillo del barbecho
Y no lorito real.

Naturaleza ha querido
Que cada sér dé una nota,
Viva un campo y tenga un nido:
Orden sabio y bien sentido
Que sólo el cuco alborota,

Pues tiene la mala maña
De que los huevos que pone
Se incuben en casa extraña.
¡Pecado igual Dios perdona
Á muchos hombres de España!

Si á la selva tenebrosa
Fuese la alondra armoniosa,
No supiera entre el ramaje
Dar la nota misteriosa
Del silencio del boscaje.

Y si al barbecho viniera
Cotorra exótica y rara
Cantando la sementera,
Ni el ave la interpretara,
Ni el labriego la sintiera.

¿Quién da la nota del río
Mejor que el mirlo sombrío
Nacido entre sus mimbrales?
¿Quién canta los majadales
Como el cárabo bravío?

¿Quién dá la visión entera
De carrascosa ladera
Como la perdiz bizarra?
¿Quién mejor que la chicharra
Canta la mies en la era?

¿Suenan bien en los jarales
Músicas de colorines?
Silbos de águilas rëales
¿Nos dirán en los jardines
Lo mismo que en los canchales?

Y el ronco graznido duro
De deforme buitre impuro
¿Cómo podrá matizar
El divino claro oscuro
De la paz del olivar?

Cantemos nuestra tonada.
La genuina, la sincera;
Tú, ruiseñor, la alborada,
Tú, alondra, la barbechera,
Y yo, charro, la charrada.

A sus típicos primores
Tan rudos como bizarros,
Hoy daré finos colores,
Porque la canto ante charros
Disfrazados de señores.

Que quepan en ella quiero
La aldeilla y la ciudad,
Ambas con vivir entero
Que es en aquélla el granero
Y aquí la Universidad.

Aquél da al cuerpo vigores,
Esta dá al alma ideales...
Sudor de mil labradores
Y saber de cien doctores,
Son dos tesoros iguales.

Dice la Escuela: Yo un día
Fuí madre y templo sagrado
De toda sabiduría.
Jamás numerar podría
Los hijos que he amamantado.

Del seno de que nacieron
Saberes hondos bebieron
Disueltos en fé de Cristo.
Honor los hijos me hicieron,
Grandes los siglos me han visto.

Fuí fragua del pensamiento,
Yunque del entendimiento,
Levadura de la vida,
Brújula en mar turbulento,
Sol de la Patria querida.

Sol cuya rica influencia
Bajó sobre la opulencia
De los tronos y fué ley;
Que el alcázar de la ciencia
Más alto está que el del rey.

Ahora, lacrimosos coros
Me afligen con tristes lloros
Diciéndome que soy ruínas,
Que soy hueco de tesoros,
Girón de edades divinas.

Sombra augusta y venerable,
Muerta gloria inolvidable,
Vieja majestad caída,
Triste membranza adorable,
Puesta de sol dolorida...

Y me suenan esos trenos
A quejidos de hijos buenos,
Mas ¡ay! que también me suenan
A estériles falsos truenos
Que el viento de ruído llenan.

Algo lloran que es verdad.
Vinieron tiempos tiranos
Que al grito de libertad
Encadenaron las manos
De esta pobre majestad.

Y adiós, trono, cetro y manto,
Y adiós oro y esplendores,
¡Mucho grande y mucho santo!
¡Mas no los santos amores
De los hijos que amamanto!

No el pan de su inteligencia
Ni la luz de su conciencia,
Porque yo siempre seré
El alcázar de la ciencia
Y el castillo de la fe.

Si reina fuese, mi suerte
Rodara por rumbos fijos
Que van á dar á la muerte.
No soy reina: soy más fuerte,
¡Soy madre de muchos hijos!

¡Hijos! os pido un mañana
como el ayer que gocé.
¿Será mi súplica vana?
¡Oh, no! Cuanto más anciana,
Más madre os pareceré,.

Dice el granero al gañán:
Yo soy tu rico tesoro,
Soy el sudor de tu afán,
Sudor que ha cuajado en oro
Y oro que luego soy pan.

El pan de la esposa buena
Que esotro cuarto vecino
Con celo de hormiga llena
De blandos copos de lino
Que en lienzo de nieve ordena.

El pan de tus tres mozones,
Cubiertos como negrillos,
Alegres como esquilones,
Dóciles como chiquillos
Y fuertes como leones.

El pan de tus dos mozuelas
Sus cintas de oro y alpaca,
Sus dengues y lentejuelas,
Sus cruces de Alcaravaca,
Sus hilos y sus chinelas.

Y el pan del hijo mayor
Que es pan blanco de ciudad,
Como que es para un señor
Que pronto será doctor
De nuestra Universidad.

Labrador que vas arando,
Mete la reja más honda,
Que el filón se va agotando,
Y el tiempo viene apurando,
Y el oro es de quien ahonda.

De este modo tan sincero
Y en este sentido amante,
Nos hablan lenguaje entero
A mí, labriego, el granero,
Y á tí la Escuela, estudiante.

Son la patria en la indigencia.
¿Qué pide á nuestra conciencia?
Espigas de un mismo haz;
Que tú le dés, gloria y ciencia.
Que yo le dé trigo y paz.

¡Gracias á todos señores!
De esta rica convidada
Llevo en el alma sabores
Que yo no comparo á nada ..
¡He comido pan de amores!

Y no hay deleites humanos,
Ni más grandes, ni más sanos,
Que estos que son mi ideal:
Pan de trigo candeal
Comido en paz y entre hermanos.

Entre hermanos, sí, señores,
Que aunque vos, señor Rector,
De quien son estos honores,
Tengáis muy lejos amores
Que hermanos son de este amor,

Yo tengo á otro amor sujeto
Mi corazón de cristiano
Un corazón que, discreto,
Os llama sabio en secreto
Y en público os llama hermano.

¡Adiós! ¡Hasta la primera!
Gente que estudia ó que ara,
Debe ser poco fiestera.
Yo me voy á mi senara
Que estamos en sementera.

DE RONDA

DE RONDA

I

AL pardear se encontraron
y hablaron estas palabras:
—¿Ande vas?
—Voy al casillo.
—¿No sales luego una miaja?
—Daremos un cacho vuelta
cuantis que apaje las vacas.
Me faltan cuatro posturas.
—Pues yo voy á darles agua.
– ¿Al río?
—No, al Mulläero.
—Pues bien mala está esa charca.

—

Y los mozos se apartaron
sin decirse más palabras.

II

Era una noche de Enero
muy fría, serena y clara:
noche de muchas estrellas
y pocos ruidos. Helaba.
Cuatro mozos embozados
en sus anguarinas pardas,
platican, y no de amores,
en la mitad de la plaza.
—¿Qué andáis haciendo estos días?
—Pues háte cuenta que nada:
arrecogiendo buñicas
en los praos: mi padre, en casa.
¿Y vusotros, ande andáis?
—Haciendo también la engaña:
hoy, á por unos carrascos
pa masar. La otra semana
no nos vagó dir á ellos
y derrotemos más támbaras!...
—¿Y tú, Juan, andas á istierco?
—No, maldito; ya no hay nada:
cuasis de viga derecha
tó el día. Pasó mañana
habrá que echarlo al molino
con garrobas pa las vacas,

y el desotro á por adobes
pa gobernar una miaja
las tenás del otro barrio...
—¡Chachos, qué noche tan rasa!...
No se barrunta una mosca.
—No, pues ancá de Luciana
buena zoriza traían
cuando yo salí de casa.
—Hay baile.
—¿De pandereta?
—¡Quiá, de badil!
—¿Quién cantaba?
—Pues por un lao parecía
Quica, y por otro, Colasa.
—¡Son tan autás!...
—¿Y de mozos?
—Cuatro chavalillos... nada.
—¡Chicos, pahí han jijeao!
—Esos serán los Pardalas
que salen de ancá de Petra...
¡Callarsos á ver si cantan! ..
—Ellos son, hombre, no escuches;
¡si ha jijeao...
—¡Coine, calla!
¡Tú jijea y que hablen ellos!...
—¡Ay-ji jí!...
—¿Quién vive?
—¡España!

—Buenas noches.
—Buenas noches.
—Y frescas. ¿De qué se trata?
—Pues decían que esta noche
iba á hacer baile Luciana
porque iba á venir á ella
un mozo de Matamala,
que dicen que gasta ponche
y que toca la dulzaina.
—Pues lo del mozo es mentira,
porque han ido ancá Luciana
tres veces los mayordomos
á cobrar el vino y... ¡nada!
Lo que hay es baile.
—Pues vamos.
—¡Si es de badil!
—¿Y qué? ¡Hala!
—¡Muchachos la toná nueva!
—Los que la cojáis, echáila!...

III

Y abriendo mucho las bocas,
llegaron "ancá" Luciana.
Cerrada estaba la puerta,
la casa en silencio estaba,
porque su gente tenía

que "masar„ muy de mañana
y no madruga la gente
si las veladas son largas.
Calle abajo, calle abajo
la ronda síguió su marcha
y no dejó aquella noche
calleja no paseada,
ventanillo no atisbado,
gato que no apedreara,
perro echado, charco lleno
y estrella no contemplada.
—¡Chachos debemos de dirnos,
si sos päece, á la cama;
que antes que nos percatemos,
la gente vieja reballa.
Si no, mirai las cabrillas
por ánde van ya...
—¡Pues anda,
que yo que tengo en el cinto
la llave pa entrar en casa!...
¡Uy, Dios; como me barrunten,
verás mi madre mañana!
—Pues chicos, yo no me acuesto;
me voy á apajar las vacas
cuantis me quite esta ropa,
pa dir temprano á por támbaras.
—Y á mí me dijo mi madre

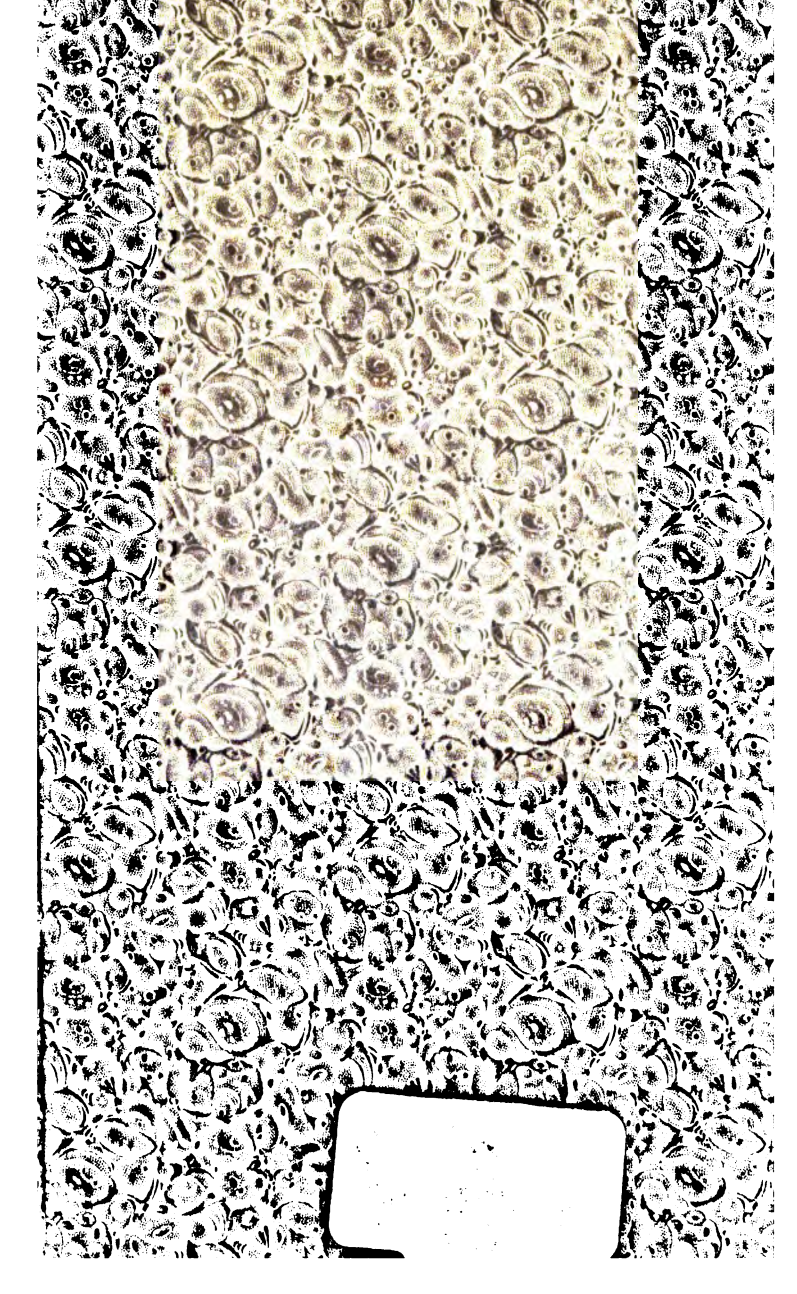
que á cepas, chico. ¡Pues anda
que voy á tener un cuerpo
pa rozar!... ¡Uy que galbana!
—Pues yo, galán, á buñicas...
—Y yo á calentar el agua
pa masar.
—Y yo al mercao.
—Y yo á piedra.
—Y yo á las cabras.
Conque, muchachos, que es hora:
¡cada uno pa su casa!
Y el grupo de rondadores
se abrió como una granada.

IV

Al poco rato la aldea
muerta del todo quedaba;
la alborada aún no venía,
declinó la luna blanca,
relucían las estrellas,
iba en aumento la helada,
el suelo se endurecía,
los tejados blanqueaban ...

ÍNDICE







UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3024324486
0 5917 3024324486